



El visitante *nocturno*

Desde hace años, vivo en este país de gran belleza y encanto indescriptibles. He vivido entre los indígenas como uno de ellos. En poco tiempo me encontré bajo el hechizo de aquellos cuentos, de aquellas narraciones históricas y mitológicas y me olvidé enteramente del presente...



B. Traven

El visitante nocturno

Historias del campo mexicano

ePub r1.0

Unsot 26.01.2021

Título original: *The Night Visitor and Other Stories*

B. Traven, 1967

Traducción: Rosa Elena Luján

Diseño de cubierta: Claudia de Teresa

Editor digital: Unsot

ePub base r2.1

más libros en **ePubGratis**

El visitante nocturno

Capítulo 1

❖ UN VECINO mexicano me vendió veinticinco hectáreas de terreno sin desmontar, situado en medio de una densa maleza tropical. Le pagué veinticinco pesos al contado; el resto, no mucho, debía entregarlo al recibir el título y demás documentos.

Me construí una choza y procedí a cultivar el terreno. La tarea no era fácil, pues primero había que desbastar y preparar cuidadosamente la tierra para poder obtener algo de ella. Era necesario conquistarla primero, arrebatársela a la selva diariamente y defenderla, porque bastaría el menor descuido para que ésta volviera a posesionarse de ella. Por esa razón la había obtenido a tan bajo precio.

Aún me quedaba algún dinero con el que podría comprarme un caballito y sostenerme hasta que la primera cosecha fuera enviada para su venta al pueblo. Ahora que el transporte, a través de la única vereda que había en la selva, sería un problema que tendría que resolver a su debido tiempo; es decir, una vez que tuviera una cosecha que embarcar.

Pronto descubrí que yo no era el único extranjero en aquella región selvática. Una hora a caballo me ponía en contacto con el doctor Cranwell, mi vecino más próximo. Todos los demás habitantes de la región eran nativos, pero

ninguno vivía a menos de cinco kilómetros de distancia de mi tierra. El pueblo más cercano, habitado por campesinos indígenas, estaba a quince kilómetros y la estación del ferrocarril a dieciocho. Cerca de ella vivían dos norteamericanos con numerosa familia. Probaban su suerte cultivando unas tierras, comprando y embarcando carbón producido por los indios y explotando una tienda pequeña.

Cada seis semanas, más o menos, iba yo a esa estación para recoger mi correspondencia en la que sólo una vez recibí una carta que me entregó el encargado de la agencia de correos, pues lo único que recogía regularmente era una revista estadounidense a la que estaba suscrito por un año.

Al igual que mi terreno, el ranchito del doctor Cranwell estaba situado en una colina, pero un poco más alta que la mía, ambas en medio de la maleza. Vivía absolutamente solo en una casita burdamente construida que constaba de tres piezas.

¿Por qué se había enterrado en la selva este hombre? Era algo que nunca supe ni traté de investigar.

El trozo de tierra que cultivaba no era muy extenso; poseía dos vacas regulares, dos caballos, tres mulas, unas sesenta gallinas y una veintena de panales. Además de todo eso, tenía un gran huerto de naranjas, limones, papayas, mangos y plátanos. Sus vecinos más próximos eran dos familias indias que habitaban a dos kilómetros de distancia de su rancho, en un terreno que era también propiedad del doctor —quien empleaba a los hombres de esas familias como peones—, en tanto que las mujeres le desempeñaban las labores domésticas.

La mayor parte de su tiempo la pasaba leyendo. Cuando no leía se sentaba en una mecedora en el pórtico de su casa, desparramando la vista por la maleza que cubría toda la extensión hasta perderse en el horizonte.

Mirando ese inmenso océano gris y verde no se destacaba ni un solo elemento extraño que distrajera la mente del observador, obligándolo a detener la vista para estudiarlo algunos instantes con mayor cuidado y llevándolo tal vez a recordarle que se encontraba, en medio de aquella vasta inmensidad, a muchas horas a caballo del más leve contacto con la civilización.

Era aparente que el doctor gustaba de aquella soledad.

Yo, por mi parte, debo confesar que pronto gusté de ella tanto como él. Pensaba que cuando se posee el carácter y el espíritu necesario, la vida solitaria puede hacer de uno un gran filósofo. Mientras contemplaba así la selva me gustaba imaginar todos los pequeños y grandes episodios que se estarían desarrollando en ella en esos momentos. La selva no admite ni un minuto de reposo en la eterna lucha por sobrevivir. Creación y destrucción.

Ante tal exuberancia uno no puede sentirse desolado si siente a todo el universo en cada insecto, en cada lagartija, en el cantar de cada pájaro, en el susurrar de las hojas, en cada forma y color de las flores. No existe un solo momento en que la selva no le hable a uno, en sus distintas voces, de su constante evolución.

Inevitablemente uno recoge su mensaje y éste es que la vida tiene un solo significado: «Gozarla mientras dure y sacarle el mayor posible, pues la muerte está dentro de uno desde el momento en que uno nace».

Pero debo confesar también que no siempre gozaba yo con aquella soledad; algunas veces pesaba sobre mí y trastornaba mis nervios y mi mente. Era algo así como ir absolutamente solo en un avión rodeado de nubes con el motor muerto y sin instrumentos para guiarlo a uno. O como estar sentado solo en un pequeño bote muy lejos de la costa, sin nada a la vista, ni un pájaro siquiera, únicamente el mar tranquilo a la hora en que la obscuridad se apodera

rápidamente del crepúsculo. Ocurría que repentina y aparentemente sin causa particular, tenía la sensación de que toda la raza humana había desaparecido de la Tierra olvidando darme aviso de que me dejaba solo.

Sabía que pensar así era una tontería, que eso no era posible; sin embargo, lo sentía, y contra los sentidos no pueden los pensamientos. Era en ocasiones semejantes cuando montaba a caballo y me dirigía a ver al doctor simulando hacerle una visita de buen vecino. La verdad era que en esos momentos necesitaba yo ver una cara humana, oír una voz humana.

Al saludarle, el doctor me decía algunas veces:

—Tómese una taza de té conmigo —otras se concretaba a decir—: ¿Cómo le va con su tierra? —Después, ambos nos sentábamos en el pórtico a contemplar la inacabable selva.

El doctor no era lo que puede llamarse un conversador. A menudo permanecíamos sentados durante varias horas sin que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra. Parecía como que cualquier palabra humana sonaría hueca, intrascendente ante la grandeza de la naturaleza. Algunos humanos enmudecen al encontrarse inesperadamente ante un árbol gigante o a la vista de una cortina de nubes que, barrida por el viento, deja al descubierto una montaña majestuosa cuya cima nevada se tiñe de rojo con los rayos del sol poniente. ¿Qué puede decir un hombre ante estas cosas? Se siente insignificante y débil, lo asalta el vago temor de que al romper el encanto con su voz, un dios todopoderoso lo castigue destruyéndolo.

Sin embargo, algunas veces el doctor tenía deseos de conversar y me hablaba de lo que había visto, de lo que había observado y estudiado, de lo que pensaba en determinadas ocasiones cuando se hallaba perdido en la selva. Comenzaba sus relatos y repentinamente dejaba de hablar con claridad para iniciar una especie de balbuceo y

detenerse después, de un golpe, con la vista fija en la gran selva. Estoy seguro de que él creía que proseguía hablando en voz alta, sin darse cuenta de que hablaba sólo para sí. Yo atribuía eso a su larga soledad.

En cierta ocasión me dijo:

—¿Conoce usted esa laguna que se forma en tiempo de aguas al otro lado de la colina, cerca de aquella pradera? Bueno, pues ahí se encuentra un jacalito que ahora está casi por derrumbarse. Yo no sé quién lo construyó, quizá alguien con un asesinato en su conciencia. Sabe, una tarde pasé por ahí a caballo. Desmonté como a diez metros de distancia del lugar y me acerqué caminando para asomarme por el agujero que se supone debe ser la puerta y entonces vi... yo vi... yo...

Al llegar a esta parte de su relato el doctor hablaba muy despacio y bajo, tanto que sus palabras se volvían apenas audibles. Sin embargo, yo podía ver claramente que él continuaba contando su extraña aventura.

Yo comprendía que él pensaba que yo lo estaba oyendo y nunca le aclaré que no podía distinguir ni una palabra de lo que estaba diciendo. El relato de una historia tiene más valor cuando ésta ha sido vivida por uno mismo.

En otras ocasiones empezaba:

—... y ...y ...ah sí, como le estaba diciendo, era un día en que me encontraba yo en la parte más intrincada de la selva, estaba casi oscuro aunque el sol brillaba fuertemente en las copas de los árboles. Hay que detenerse y esperar una media hora para que la vegetación lo deje a uno ver y oír algo. Observé así una tarántula subirse muy cuidadosamente a un tronco de ébano que se encontraba tirado.

«Era café oscuro, mucho muy peluda y casi del tamaño de mi mano. En el suelo y cerca del mismo tronco, dos alacranes negros de gran tamaño se movían con más

cautela todavía que la tarántula, los dos aparentemente sin ver a ésta, al igual que la tarántula parecía no percatarse de la presencia de éstos. Me pareció muy raro encontrar estos alacranes caminando durante el día. Ahora la tarántula y los dos alacranes se movían en la misma dirección, los tres con los ojos fijos en... en... en...»

Aquí el doctor empezaba su acostumbrado balbuceo y luego su voz dejaba de oírse completamente.

Nunca pude saber su edad, podía haber tenido noventa años o cincuenta solamente. Una larga vida en el trópico descompone en los hombres del lejano norte los signos por los cuales nos es dado juzgar correctamente la edad de una persona.

Así pues, mirando al doctor y no siendo posible leer su edad en su rostro, llegué a pensar que había muerto veinte años atrás, pero como no había tenido cerca a nadie que le recordara que estaba muerto hacía ya tan largo tiempo, permanecía vivo por el simple hecho de ignorar que había muerto. Pensaba yo que media hora después de que se percatara de ello ocurriría algo fantástico ante mis ojos, vería yo marchitarse su cuerpo hasta adquirir la apariencia de un hombre enterrado desde veinte años atrás y cuyos restos al ser tocados podrían convertirse en cenizas, y éstas desaparecer también.

Estas ideas descabelladas, sin embargo, no acudían a mi cerebro muy a menudo y sólo me turbaban cuando lo miraba inmóvil y silencioso, sentado en su silla y contemplando al inmenso gris verdoso de la selva, con ojos estáticos al parecer ausentes de las órbitas. ❖

Capítulo 2

❖ NO OBSTANTE todo esto, había días en que lo encontraba vivaz, ágil y activo, hablando con gusto de las cosas comunes y corrientes acaecidas en su rancho, tales como que uno de los hombres que trabajaban en él había golpeado bestialmente a su mujer.

—En cierta ocasión en la que le encontré de buen humor y con deseos de hablar, le pregunté:

—Dígame, «doc», ¿ha escrito usted alguna vez un libro?

—¿Yo?... ¿Un libro?... ¿Acerca de qué?

—Bien, pues, un libro acerca de lo que usted ha visto, experimentado, y pensado aquí, sobre lo que la vasta selva le ha dicho y sobre sus impresiones acerca de esta vida solitaria y reclusa.

—Sí, he escrito un libro. De hecho he escrito varios libros.

—¿Y publicado?

—No, jamás ofrecí alguno a los editores. ¿Por qué había de hacerlo? No me importa lo que digan o piensen las gentes que se dicen bibliófilas. ¿Por qué he de poner mis libros en sus manos? Ellos tienen libros magníficos que nunca han leído, ¿para qué darles más?

—Usted podría hacer publicar sus libros simplemente para ganar dinero.

—¿Dinero por mis libros? ¡No! Además, yo tengo suficiente dinero para vivir del modo como vivo. ¿Para qué he de querer más? ¡Para qué dígame!

—Esta bien. Comprendo que en su forma de vida no necesite dinero. Pero podría hacerse famoso.

—¿Famoso, dijo usted? No sea ingenuo, Gales. ¿Fama? ¿Y qué es la fama después de todo? ¡Una molestia! ¡Sí! Del cielo al infierno. Como lo oye. Hoy soy famoso. Mi nombre aparece en todos los periódicos del mundo, en primera plana. Mañana, quizá ni cincuenta personas sabrán escribir mi nombre correctamente. Y pasado mañana, puedo morirme de hambre y a nadie le interesa. Eso es lo que llaman fama. Usted no debería usar esa palabra, Gales. ¡Usted, no! Claro, existe otra clase de fama —gloria—, la que llega después de muerto, ya cuando nadie sabe en dónde se están blanqueando sus huesos. Y ésa ya ¿de qué le sirve? No, Gales, fama es una palabra que a mí no me gusta. Es sinónimo de basura.

—Perdón, doctor, olvidémoslo. Pero de todos modos yo creo que un buen libro, el tipo de libro que usted escribiría, es siempre beneficioso para la clase de lectores que aprecian un buen libro.

—Siempre y cuando dicho libro llegara a manos y fuera leído por los lectores para quienes fue escrito, para quienes fue dirigido. Pero esto sucede muy raramente, por desgracia.

»Además, las gentes no comprenderían mis libros, pensarían que mi deseo era hacerles simples relatos cuando en realidad les daría ideas que obligarían a trabajar su perezoso cerebro. ¿Y por qué he de molestar así a las gentes con mis pensamientos? Cuando escribí mis libros fui feliz.

No habría lector alguno de mis libros que pudiera experimentar una dicha mayor que la mía propia después

de escribirlos y leerlos como si se tratara de la obra de alguna otra persona.

—Entonces, doctor, ¿usted tiene un alto concepto de los libros?

—Ah, desde luego. Los libros son los pilares del mundo. En mi opinión un libro es lo más grandioso que existe. Ningún dios, sólo el *hombre* puede hacer un libro. Se nos ha enseñado que Dios hizo el mundo y todo lo que está dentro y fuera de él. Muy bien. Pero si el *hombre* no hubiera inventado esta historia, contado, divulgado, escrito y distribuido en millones de copias, nadie sabría nada de esto. No sabríamos que existe un cielo con ángeles y un infierno con diablos. No sabríamos nada de un árbol con manzanas y de hojas de parra. No estaríamos enterados de que fuimos concebidos en pecado y que nacimos en pecado; pero que el peor pecado de todos es no creer en Dios. Sin esta historia inventada por el *hombre* y dicha por el *hombre* para asustar y dominar a otros hombres, no sabríamos que existe un Dios creado por el *hombre*.

«Ciertamente ningún otro libro ha sido causa de tantos sufrimientos, de tantas crueldades y bestialidades como este libro escrito por el hombre, ni ha hecho derramar tantos ríos de lágrimas humanas como este libro lleno de contradicciones e ideas perversas».

—Bien, ahora empiezo a comprender por qué otro libro, *El Capital*, ha tenido el poder de dividir a la humanidad en dos campos hostiles, el uno hacia el otro, como es el agua hacia el fuego. Creo, doctor, que usted podría escribir un libro que tuviera la misma influencia en el pensamiento del hombre como han tenido la *Biblia*, el *Corán* y *El Capital*.

—Si yo pudiera escribir un libro que influyera tan tremendamente las mentes humanas, ni lo intentaría siquiera. No soy ningún reformador, jamás he intentado serlo. Yo sólo aspiro a vivir mi vida en paz, disfrutar de la

vida mientras ésta me dure y escribir libros para satisfacción propia.

—¿Y qué ha hecho usted con los libros que ha escrito?

—Después de leerlos varias veces cada uno, de revisarlos y corregirlos hasta comprobar su perfección, los he destruido.

—¿Qué? ¿Pero qué cosa ha hecho usted? ¿Ha destruido obras que consideraba perfectas?

—Eso es exactamente lo que he hecho. Suponga usted que algún día, después de mi muerte, alguien encontrara los manuscritos y los publicara. Entonces yo regresaría a este mundo, pues estaría viviendo en las palabras de mis obras. Pero el caso es que una vez que haya partido de esa tierra no deseo regresar ni en otra envoltura humana o animal, ni bajo la apariencia de un fantasma, ni en ninguna otra forma.

—¡Qué lástima que haya usted destruido esos libros! Si por lo menos a mí me hubiera sido dada la gran oportunidad de leerlos antes de que usted los destruyera.

—Si los tuviera todavía, no dejaría que usted los leyera. No me habría gustado. Los he devuelto a la eternidad de donde vinieron. Mi querido Gales, usted no sabe la felicidad que un hombre experimenta cuando destruye algo que considera perfecto. La dicha de destruir mis libros sólo es comparable a la de escribirlos y leerlos. Precisamente el mal de los humanos consiste en que no destruyen lo bastante, dando con este acto cabida a cosas y sistemas absolutamente nuevos y quizá infinitamente superiores a los destruidos. Al final de cada guerra catastróficamente destructiva, surgen nuevos inventos y nuevas ideas se ponen en práctica, cosas ambas que tal vez quedarían ignoradas para la raza humana durante periodos larguísimos, si la guerra destructora no abriera nuevos espacios para ellas. Sin las últimas dos guerras no existiría

la Rusia Soviética, ni la radio, ni la televisión, ni las películas parlantes, ni la perfección alcanzada por la aeronáutica, ni los grandes adelantos en la conquista del espacio, ni los grandes descubrimientos que en los terrenos de la medicina, la cirugía y otras ciencias se han logrado.

—Qué gran verdad encierra todo eso que usted dice.

—¡Claro que sí! ¿Ha destruido usted alguna vez algo que consideraba perfecto? ¿O algo que usted amaba intensamente o admiraba?

—No, «doc», no que yo sepa; por lo menos, voluntariamente no —sentí que un frío intenso me recorría la espina.

—Si no lo ha hecho, pruébelo una y otra vez. Si es usted la persona adecuada para hacerlo semejante, ya sabrá la inmensa satisfacción que se experimenta y la felicidad que ello habrá de proporcionarle. Cada vez que lo haga se sentirá renacer. Frecuentemente me doy a pensar cuán diferentes serían nuestras artes, nuestras técnicas, nuestros pensamientos, si todo lo hecho por el hombre, digamos hasta el siglo xvii, hubiera sido destruido por una gran catástrofe; destruido en forma tan absoluta que ningún humano pudiera recordar el aspecto que tenía una rueda de carreta o si la Venus de Milo había sido una pintura, un poema o la quilla de un barco, y si las democracias o las monarquías habían sido nombres de comestibles o campanas de algún templo. Si quiere saber mi opinión, le diré que tengo el convencimiento de que el mundo sería un lugar cien veces mejor si los hombres, de vez en cuando, tuvieran oportunidad de apartarse de la historia y de las tradiciones y perder la memoria de cuanto se relacionara con el pasado. ❖

Capítulo 3

❖ CIERTA ocasión en que fui a visitar al doctor, me recibió diciendo:

—¡Qué bueno que vino usted, Gales, porque si no, habría tenido que mandarlo buscar o ir a verle yo mismo! Mire, necesito regresar a los Estados Unidos en donde permaneceré unas seis u ocho semanas arreglando un asunto que tengo pendiente desde hace largo tiempo, aunque en realidad los resultados me interesan muy poco; pero la cuestión está ligada a ciertos libros raros y valiosos tras de los que ando hace muchos años, y parece que ahora, después de tanto buscarlos, podré obtenerlos finalmente. Así pues, podré resolver dos cosas de una buena vez. Estoy seguro de que estaré de regreso dentro de ocho semanas. Y ahora, Gales, quiero preguntarle: ¿Le parecería bien quedarse en mi rancho mientras yo estoy ausente? Usted sabe cómo marchan las cosas en este hermoso y maldito país. Si me voy y dejo esto solo, cuando regrese no encontraré ni rastros de cuanto tengo. No es que los indios lo hagan con la intención de robar, no; es sencillamente que ellos piensan que uno ha dejado las cosas a merced de la selva o del primero que venga y se tome el trabajo de echar mano de cuanto pueda considerando justificado apropiarse de algo que consideran abandonado. ¿Qué me dice?

—Por mí, perfectamente, «doc». Yo creo que puedo disponer de ocho semanas porque, ¿qué significa el tiempo en esta selva? Aquí me quedaré espantando del pórtico a tigres y leones.

—Ocho semanas no son mucho tiempo, después de todo. Estamos en el tiempo seco y es bien poco lo que se puede hacer —dijo, y agregó sonriendo ampliamente—: Además, eso que usted llama su rancho no echará a correr. Tome dos de mis mulas y traiga acá sus cosas, que no son tantas como para doblegar a las bestias. Y en cuanto a su techo, no se preocupe, que nadie habrá de robarlo.

Fue entonces cuando me enteré de que sus peones le habían dado todos los detalles concernientes a mí y a la forma en que vivía: al igual que todos los indios del lugar, en un pobre jacal con techo de palma, pero tan mal puesto que para ninguno resultaba codiciable, pues cualquier nativo se habría avergonzado de lo mal hecho que estaba.

—Desde luego, Gales, debo advertirle, de antemano, que estará usted aquí completamente solo todo el tiempo de mi ausencia, porque las dos familias que trabajan para mí se encuentran de visita en la casa de sus parientes para celebrar dos bodas y una docena de bautizos, y no regresarán sino hasta que transcurran ocho o diez semanas.

»Debido al tiempo no hay ningún trabajo que hacer aquí y por eso les he permitido que se marchen, porque de todos modos, aun cuando no les hubiera dado permiso se habrían marchado; ya sabe cómo son estas gentes cuando quieren ir a alguna parte. Usted no tendrá demasiadas dificultades con los caballos, las mulas y las vacas, porque están acostumbrados a cuidar de sí mismos. Sólo de vez en cuando revíselos para ver si no tienen abierta alguna herida que pueda agusanarse. En tal caso encontrará siete litros de creolina y algunos útiles de curación en una de las barracas».

—No se preocupe, doctor, estaré perfectamente aquí, no tengo necesidad de vecinos. A los animales no les faltará cuidado. Yo sé bien de la vida de campo allá en el viejo Wisconsin. Aquí todo es más fácil: no hay necesidad de ocuparse de las cosas porque marchan solas perfectamente.

Cuando regresé con mis herramientas, cacerolas, cacharros, mosquiteros, catre y los cuatro trapos que constituían mi guardarropa, el doctor se hallaba listo para partir.

—Puede hacer usted uso de todo lo que hay en la casa. Cuando necesite algo, mire en las cajas o en las repisas. Todas las latas de la despensa están a su disposición también. En cuanto a leche y huevos, tendrá usted más de lo que le será posible beber y comer. Los huevos que no se coma déjelos para que sean empollados.

Una mula cargaba su pequeño equipaje y él montaba un caballo; al llegar a la estación dejaría las bestias encargadas con alguno de los rancheros.

—Bien, ¡hasta luego! —gritó ya montado y partió. ❖

Capítulo 4

❖ DURANTE una hora más o menos, me senté en el pórtico mirando hacia la selva y siguiendo con la mente al doctor en el trayecto que tenía que recorrer a la estación. Al anochecer pude ver levantarse sobre la selva una columnita de humo que salía del tren en el que el doctor partía para la patria y en donde permanecería por algún tiempo.

«¡Patria!... Hogar —hogar, dulce hogar—. Mejor olvidemos todo eso. Mi hogar es el sitio donde me encuentro y ningún otro. Ahora, recorramos la casa para conocerla bien».

Por primera vez desde que conocí al doctor entré en su casa, porque siempre que lo visitaba no pasábamos del pórtico en donde tomábamos el café o el té que me ofrecía.

En efecto, la despensa estaba bien surtida de latas y de abarrotes, tanto como para sostenerse durante medio año por lo menos, si fuera necesario. Ello se debía sin duda a que durante el tiempo de lluvias era imposible llegar hasta la estación en donde se hallaba la única tienda en que podíamos surtirnos. No había hombre ni bestia que pudiera cruzar los pasos pantanosos en los que se hundía uno más de medio metro de profundidad.

El doctor me había dicho que buscara por ahí para saber dónde encontrar las cosas. Empecé, pues, por la mesa en

una esquina de la habitación. Abrí un cajón con la esperanza de encontrar una revista vieja. No había ninguna. Sólo había unas facturas y papeles que no me interesaban.

Salí nuevamente al pórtico y jalé la mecedora hacia el rincón más lejano. Allí me senté a contemplar el mar de jungla gris-verde. No podía pensar en nada. Mi mente descansaba. Un sentimiento maravilloso de tranquilidad se posesionó de mí —cuerpo y alma— haciéndome olvidar tierra y cielo.

El eterno cantar de la selva, tan calmante para los nervios una vez que uno se ha acostumbrado a él, me arrulló hasta dormirme, y no desperté hasta oír el grito desgarrador, lastimero, de un animal apresado por su enemigo en las profundidades de la jungla. ❖

Capítulo 5

❖ FUE EN la tarde del día siguiente cuando penetré en un cuarto que hasta entonces no había visitado. Y en este cuarto vi la biblioteca del doctor.

Los libros se hallaban colocados, en un orden casi pedante, en estantes bien cubiertos con hojas de lámina para protegerlos de los insectos tropicales y de la humedad durante el tiempo de lluvias. Es sumamente difícil conservar los libros en buen estado cuando se vive en la selva; pero el doctor parecía haber descubierto algún medio porque aquéllos se hallaban en excelentes condiciones. Su biblioteca era un verdadero tesoro.

La mayoría de los volúmenes trataba de asuntos relacionados con los antiguos pobladores de México, Centroamérica, Perú y Bolivia. Eran documentos sobre su historia, civilización, religión, artes, industrias, arquitectura y lenguas. Muchos de ellos estaban ilustrados con antiguos códices, jeroglíficos y pinturas. Encontré gran número de manuscritos y de libros fechados en el siglo XVI; es decir, incunables americanos. Aquellos libros y documentos eran, quizá, los únicos existentes ya. Así pues, la biblioteca era de inestimable valor.

Durante su larga estancia en el país, el doctor había logrado reunir aquella biblioteca única, dedicándose

seguramente a la búsqueda de libros en los monasterios, viejas iglesias, conventos olvidados, haciendas y ranchos apartados de toda la república. Los había comprado, obviamente, a viejas familias, a campesinos, a sacerdotes y maestros rurales y también a militares y funcionarios durante épocas revolucionarias en las que se llevaban a cabo saqueos ilimitados de casas, conventos, iglesias y haciendas.

Sin duda se había dedicado años a coleccionar aquellos libros que tanto debió haber ambicionado y, al parecer, una vez conseguido su propósito, había ido a enterrarse en aquella región selvática, solo con su tesoro, para gozar de él debidamente.

El hecho de que me hubiera dejado en posesión de aquel tesoro, que ni siquiera había mencionado, comprobaba mejor que cualquier dicho, la enorme confianza que me tenía.

Durante un largo año no había yo visto un libro, y tenía tanta hambre de leer, como hambre de verdes bosques, lagos azules y arroyos murmurantes puede tener el habitante de alguna gran metrópoli. Ahora me encontraba solo frente a aquellos libros que tantos deseos tenía de leer desde los días de mi infancia, cuando oía hablar de la cultura maravillosa que existía al sur de nuestro país mucho antes de que los vikingos surcaran los mares en busca de nuevas tierras al oeste de Groenlandia. Ahora, no sólo se me brindaba la oportunidad de ver aquellos libros, sino de leerlos a mi antojo en el ambiente más adecuado que pudiera imaginarse.

Desde hace muchos años vivo en este país de gran belleza y de encanto indescriptible. He vivido entre los indígenas como uno de ellos. Sólo tenía una vaga noción de su fabuloso pasado. En poco tiempo me encontré bajo el hechizo de aquellos cuentos, de aquellas narraciones

históricas y mitológicas y me olvidé enteramente del presente. No sentía necesidad de comer. Como sonámbulo ordeñaba las vacas, bebía la leche, y comía los huevos en el mismo lugar en donde los recogía.

Leía desde el amanecer hasta medianoche. Mi lamparita era de petróleo y daba una luz escasa, pero ello no me importaba; para poder leer la aproximaba lo más posible a las páginas. Los días eran tan calurosos que parecían envueltos en llamas, pero el calor no me afectaba. Cuando me daba cuenta de él y escuchaba el eterno cantar de los insectos que pueblan la maleza, consideraba todo ello no como cosa real, sino como parte de las historias que leía y que se habían desarrollado en aquel mismo escenario bajo el sol ardiente, envueltas en el mismo cantar de la selva.

Ocurrió que todo, tiempo y espacio, leyendas y acontecimientos, sol tropical y cantar de la selva, insectos nocturnos que volaban alrededor de la lámpara, una mirada ocasionalmente dirigida al océano verde-gris de la selva, fueron un todo que me hacía dudar entre si los episodios habían sido leídos o soñados, si el sol proyectaba sus rayos sobre la lámina del tejado o era esta escena parte de la descripción de una batalla ocurrida entre los aztecas y los miembros de otra tribu, en Tlaxcala o en las Huastecas.

Muchas veces no me daba cuenta de que el día expiraba dando paso a la noche, pues de pronto me encontraba leyendo a la luz de la lamparita sin recordar cuándo la había encendido, ni siquiera cuándo la había colocado sobre la mesa, la había llenado de petróleo y le había cambiado mecha. Todas aquellas cosas las había hecho inconscientemente, con la mente ocupada por los grandes acontecimientos ocurridos entre tarascos, toltecas, totonacas, otomíes, chichimecas, olmecas o mayas y relacionados con alguna de las historias que leía.

Mi único temor era que el doctor regresara antes de que yo terminara de leer todos los libros que tenía a mi alcance. Me había dejado al cuidado de aquel tesoro sin pronunciar una palabra al respecto. Sin embargo, yo tenía la certeza de que una vez de regreso en su casa no me permitiría tocar ni un solo libro, se pondría celoso y nervioso pensando que podría perder alguno si lo prestaba. Era uno de esos verdaderos amantes de los libros y por esta razón llegué a admirarlo, casi a adorarlo, al comprobar la forma como reverenciaba aquellas obras.

Continué leyendo y leyendo. Me maravillaba saber que en América había existido esa gran variedad de civilizaciones en una época en que los romanos eran aún tribus semisalvajes y los bretones se comían los sesos de los más bravos de sus enemigos muertos en batalla. Todas aquellas historias parecían cuentos de hadas, pero eran relatos sobrios y lógicos y, sin embargo, ninguno adolecía de la rigidez y frialdad que pudiera dar a sus escritos un miembro de la Academia.

De hecho, todos parecían excelentes novelas. Algunos libros estaban escritos en inglés, otros en francés y la mayoría en español. El lenguaje empleado era tan vital que por momentos creí ver el rancho, la pradera, la selva, poblados nuevamente por sus antiguos moradores. Ni por un instante me sentí solo, pues los personajes de los libros me rodeaban a toda hora.

Comencé a ver el país y a los nativos en forma diferente. Cuando casualmente un indio pasaba por el rancho y me pedía un trago de agua, inmediatamente me ocurría buscar en sus facciones parecido con las de los antiguos reyes y nobles cuyos retratos había visto en viejas pinturas y jeroglíficos. Pero no satisfecho con sólo mirarlos a la cara, estudiaba sus gestos, la forma como caminaban, las características de su voz cuando me hablaban.

El material para mi estudio práctico era muy escaso: a menudo, durante tres, cuatro y hasta seis días, no pasaba nadie por los senderos que cruzaban el rancho, y el camino real que conducía a los principales pueblos y rancherías no pasaba por la casa del doctor. ❖

Capítulo 6

❖ UNA mañana, después de pasar malísima noche y levantarme con la cabeza pesada, decidí dar a mi cerebro medio día de descanso dejando de leer, para no perder mis conexiones con el mundo real en que tenía que vivir. Así pues, me preparé un buen desayuno y después salí a hacer un poco de ejercicio.

Vagando sin rumbo fijo por una vereda que al parecer nadie transitaba desde hacía meses, me encontré de pronto en las profundidades de la maleza y en un sitio en el que nunca había estado con anterioridad, y eso que yo creía conocer perfectamente aquella región.

Me detuve para orientarme, Mientras permanecía parado dudando entre continuar mi camino por aquel sendero, absolutamente nuevo para mí, para saber hacia dónde conducía, o regresar a la casa, me acometió de pronto un sentimiento de desolación al mirarme rodeado de la densa maleza crepitante que me envolvía como en una pesadilla.

¿Qué ocurriría si me extraviaba, si me veía obligado a pasar la noche en aquella soledad? Hay senderos perdidos en la selva y la maleza, que tienen la propiedad de confundir al hombre y de inducirle a actuar en forma tan torpe, que al cabo de algunos minutos le resulta imposible orientarse y encontrar su camino.

Examinando los alrededores para saber en qué dirección había yo llegado o para encontrar alguna seña familiar, pensé, al ver una tenue cinta de humo jugando sobre las copas de los árboles que se hallaban a medio kilómetro de distancia, que ese humo provenía indudablemente de algún fuego, y que si había fuego debía haber alguien que lo hubiera encendido, toda vez que los animales no aprenden aún a hacerlo.

En los trópicos los fuegos que no se deben a la mano del hombre son raros y causados en su mayor parte por rayos caídos en árboles secos; pero hacía muchas semanas que no había habido tormentas porque estábamos en la temporada de secas.

Abriéndome paso con el machete a través de la maleza, me dirigí al sitio del que supuse partía el humo. Así llegué a un espacio abierto que en apariencia había sido desbastado hacía sólo unas cuatro semanas. Allí se hallaba un indio haciendo carbón. Había enterrado una buena cantidad de rajas de caoba y descansaba en cuclillas sobre el tábulo de tierra del que partía una serpiente de humo gris azulado.

El hombre contemplaba el humo como meditando sobre el posible paradero de la fina columna.

No supe si se daba cuenta de mí, porque ninguno de sus movimientos lo indicaron así. Indudablemente había oído el ruido de mi machete cuando hacía uso de él para abrirme paso. En cualquier forma, conocía ya bien a los indígenas y tuve la certeza de que él se había percatado de mi presencia. No podía haber confundido mi proximidad con la de un gran animal de la selva, porque en ese caso habría adoptado una actitud defensiva.

No había salido aún de mi escondite entre el espeso follaje de los arbustos, cuando él se levantó y empezó a moverse sobre el horno para abrir un agujero en determinado lugar y cubrir con tierra otro que se había

agrandado demasiado y del que partían pequeñas lenguas rojas indicadoras de que la madera se consumía en vez de carbonizarse solamente. Cuando volvió a sentarse, yo salí de mi escondite y caminé directamente hacia él.

No mostró sorpresa y ello acabó de convencerme de que no ignoraba que alguien lo estaba observando. Lo más probable era que él me hubiese descubierto mucho antes de que yo lo viera.

—¡Buenas tardes, señor! —dije para saludarlo, preguntándole—, ¿cómo va su trabajo?

—Buenas tardes, señor, bienvenido, siéntese. Por aquí llegan muy rara vez visitantes.

Le ofrecí tabaco y hojas de maíz, y ambos enrollamos nuestros cigarrillos. El tenía una manera curiosa de hacerlo, yo nunca había visto cosa igual, pero no me sorprendió porque hay cien maneras distintas de enrollar cigarrillos.

La piel morena de aquel hombre tenía un tinte amarillento que la hacía aparecer como de cobre mezclado con oro. Era de constitución delgada pero fuerte. Sus facciones eran finas y simétricas y todos sus rasgos indicaban inteligencia innata.

Descubrí en él dos particularidades que me parecieron raras. Una de ellas consistía en que el hombre era barbado, cosa extraña en los indios, ya que mientras más pura es su sangre más escasa es su barba. Claro que un hombre blanco difícilmente habría llamado barba a aquellos escasos y finos cabellos. Para un indio, sin embargo, ellos le habrían ganado la fama de hombre barbado. Aquella barba, por insignificante que fuera, daba no sólo a su rostro sino a toda su persona una apariencia muy digna. Su distinción era tal que lo destacaba de todos los demás nativos.

Otra de las cosas que me llamaron la atención en él, fueron sus manos. Los indios, tanto los hombres como las mujeres, tienen las manos y los pies más finos y pequeños

que los hombres de raza blanca, en proporción con el cuerpo. Este indio carbonero cortaba caoba, ébano y otras maderas, todas casi tan duras como el acero. A pesar de ello, tenía las manos tan finas y bien hechas como no recuerdo haber visto otras en la vida real. Tal vez sólo en algunas pinturas puedan verse manos semejantes. Ningún gran artista pintaría o modelaría manos como aquéllas, tratando de representar las de un ser real.

La manos de aquel hombre me irritaron. En primer lugar, me hacían sentir inferior a él; en segundo, no correspondían a la experiencia que yo tenía de lo que el trabajo rudo hace con las manos de los hombres. Me parecía increíble que alguien pudiera hacer el trabajo que hacía aquel indio y conservar las manos como las suyas.

—Sí señor, usted tiene razón —dijo en el curso de nuestra conversación—, es verdad, mis antecesores fueron príncipes de los pueblos que habitaban estas regiones. En la extensión cubierta ahora por la selva, tapizada por la maleza, se asentaban más de ciento veinte pueblos y ciudades. Había ciudades sagradas con multitud de templos y pirámides, que ahora se hallan sepultadas por la tierra que las protege contra las profanaciones; así como las ciudades y pueblos destruidos y sus moradores, en un tiempo felices, todos asesinados por los españoles cristianos. Nosotros queríamos paz y pactamos con ellos, y fueron ellos carentes de un dios verdadero que guiara sus corazones, quienes rompieron el pacto obligándonos a tomar las armas para destruir el yugo con sus torturas, terrores y esclavitud. Ello ocurrió pocos años después de la Conquista. El primer ejército enviado a combatirnos fue derrotado. Más tarde, el Capitán General regresó con refuerzos, entre los que se contaban veinte mil indios mercenarios traidores a su raza. Venía provisto de caballos, y armas para lanzar fuego sobre nosotros. Mataron sin

piedad hombres, mujeres y niños; quemaron nuestras ciudades, pueblos y rancherías sin perdonar nuestros templos que primero fueron saqueados, y sembraron tal destrucción que no quedó piedra sobre piedra. Sin embargo, aún quedan pruebas de la grandeza de nuestra nación. En un lapso de seis días fueron ahorcados quinientos príncipes y nobles guerreros. Estos constituían sólo la tercera parte de los muertos en combate. De no haber sido por sirvientes fieles que huyeron a la sierra con los hijos de cinco o seis de nuestros reyes, escondiéndolos hasta que hubo paz en la llanura, yo no hubiera nacido miembro de la vieja familia de mis ancestros.

Mientras así hablaba, no dirigía la vista hacia mí; contemplaba las cintas de humo que partían del horno.

Al terminar su relato volvió la cabeza y me miró a la cara escrutando mis ojos.

No, no había observado los suyos, pero ahora me veía forzado a verlos de cerca percatándome de que eran profundos, hermosos, y de un color café aterciopelado.

Eran ligeramente soñadores y los párpados le cubrían hasta una tercera parte del iris. Tal vez debido al reflejo del sol que brillaba sobre el campo, el caso es que de sus ojos parecían surgir destellos dorados. Tuve la sensación de que sólo un hombre inmortal podía poseer semejantes ojos, porque de haber pertenecido a un mortal, éste habría podido esclavizar al mundo con ellos si así se lo hubiera propuesto.

—Conoce usted admirablemente la historia de su pueblo, señor —le dije—. ¿La ha leído usted en algún libro o se la enseñaron en la escuela?

—No señor, no la leí. Me la relataron mi padre y mi tío, quienes, a su vez, la escucharon de sus padres y así ha ido pasando de generación en generación.

—Este trabajo de cortar madera tan dura bajo este sol ardiente y amontonarla después para formar el horno y vigilarlo para que no se consuma sino se convierta en carbón, debe ser muy fatigoso, ¿verdad?

—Indudablemente que es duro, señor. Sin embargo, me gusta. Sobre todo, porque es un trabajo honesto, lo venimos practicando hace siglos, desde que nuestros dioses nos dieron el fuego. Además, gozamos de independencia porque no tenemos que recibir órdenes de nadie. Así, puedo sentarme durante días y semanas contemplando las pequeñas serpientes de humo, que vibran como notas de una música lejana que se aleja y vuelve a aproximarse. ¿Se ha dado usted cuenta, señor, de cada una de estas serpientes tiene una particular manera de elevarse, de rizarse y desaparecer en el cielo? Cada una tiene su vida y su historia propia, exactamente como el hombre, con la diferencia de que ellas tienen una personalidad que a muchos hombres falta, ¿verdad señor?

—Cierto. Además, pienso como usted que, aunque su trabajo es duro, es honesto y digno.

—Me satisface oírle hablar así, señor. ¿Me preguntaba usted por el camino que debe tomar para regresar a su casa?

En realidad, nada le había preguntado, ni siquiera había mencionado el hecho de que estaba yo perdido. No obstante, tuve que aceptarlo.

—Anda usted muy desviado, señor, pero en seguida va a orientarse. ¿Distingue usted aquel arbusto verde tierno que se destaca del grupo de los de color más oscuro? Cuando llegue a él vuélvase a la derecha y cuente doscientos pasos bien largos, así llegará a un camino que encontrará del lado izquierdo, sígalo. Ahora sólo me queda desearle buena suerte y darle las gracias por su grata visita. ¡Adiós, señor!

Seguí el rumbo que me indicó, llegué al camino de que había hablado y ya orientado perfectamente me volví para ver si podría reconocerlo en caso de volver, y lo encontré imposible. Mientras más cuidadosas observaciones hacía, mayor era mi confusión y no pude saber siquiera de qué dirección había llegado a aquel punto.

Ya bien entrada la tarde llegué a la casa, guisé mi cena y, cuando hube terminado, volvía sepultarme en los libros que leí con mayor ansiedad con el propósito de terminarlos antes de que el doctor volviera.

Leí, leí febrilmente. Cerca de medianoche, como siempre, me tiré en el catre, rendido, como si mis miembros estuvieran llenos de plomo. La mañana no me encontró muy descansado, porque con el exceso de lectura mi sueño había dejado de ser tranquilo. Las sienes me martilleaban y las venas de mis brazos y de mis piernas parecían hincharse cada día más. Por las noches sentía arder la cabeza hasta el punto de temer que me estallara.

Pero todas aquéllas eran sensaciones físicas porque mentalmente era feliz. No vivía en el presente, sino en un remoto pasado. Emocionalmente vivía la vida de los personajes de aquellos libros. Como no tenía oportunidad de hablar con seres vivientes, salvo en rarísimas ocasiones, hablaba con la gente que vivía en los libros y me ocurrió que llegué a pensar que sus palabras eran mis palabras, que sus pensamientos eran los míos y que nuestro concepto de la vida era el mismo.

Aquella sensación de vida en un pasado remoto era más profunda por las noches, cuando leía a la débil luz de la lamparita de petróleo; escuchando a través de todas las puertas ampliamente abiertas, el eterno cantar de la selva.



Capítulo 7

❖ UNA NOCHE, entre las diez y las once, levanté la vista del libro que sobre la civilización texcocana leía. Aquel movimiento no fue absolutamente voluntario, se debió más bien a que tuve la curiosa sensación de que alguien más se hallaba en la pieza observándome desde hacía ya algún tiempo. Los detalles que recuerdo de aquello bien valen una explicación.

Toda la actividad de mi mente se hallaba concentrada en el libro que leía, en tanto que mi subconsciente registraba todo cuanto ocurría en la habitación. Y fue el subconsciente quien, al parecer, trataba de prevenirme contra una amenaza, haciendo uso para ello de un sexto sentido que durante mis andanzas por la selva había venido desarrollándose en mí, lentamente hasta llegar a ser un segundo instinto. A menudo, aquel nuevo sentido me había despertado cuando dormía tranquilamente en una barraca o en cualquier parte no segura, induciéndome a encender una luz violentamente y observar a mi alrededor, encontrando a menudo que algo no marchaba bien. Unas veces era una gran serpiente arrastrándose a poca distancia de mí, otras un tigrillo que se aproximaba al olor de la carne que solía yo colgar para que se secara, y hubo vez en que casi me vi envuelto en llamas, pues la brisa había dispersado algunas

brasas de mi hoguera y había incendiado la lona de la tienda.

Ahora, sumido en la lectura, el subconsciente me despertaba porque algo fuera de lo normal ocurría. Sin embargo, y extraño como puede parecer, yo sentía que ningún peligro real me amenazaba. Me sentía enteramente a salvo y tranquilo. Parecía tratarse sólo de algo irritante que me impedía concentrarme en la lectura.

Aquella irritación aumentaba por segundos hasta el punto que me fue imposible resistir más. Me sentí obligado a levantar la vista para averiguar de qué se trataba. Volví la cabeza y me percaté de que en medio de la habitación se hallaba parado un indio. Tuve la impresión de que estaba allí observándome desde hacía un buen rato, por lo menos diez minutos; y bien podría decir con exactitud el número de la página y hasta la línea que leía en el preciso momento en que aquel personaje entró.

Mirándome de lleno a la cara, esperó con refinado tacto y paciencia hasta que yo le hablé. Debió haber caminado sin hacer ruido hasta el pórtico, y al verme abstraído en la lectura, sin hacer caso alguno de su presencia, se decidió a entrar con la esperanza de que lo viera.

Es costumbre en el país decir: «Con su permiso», antes de entrar en una habitación y aquel hombre debió decirlo, estoy seguro, y sin duda yo balbucí algo mientras leía, que él interpretó como «pase usted».

Sea como fuere, allí estaba él, inmóvil como una estatua. Aparentemente interpretó mi mirada como una interrogación por su presencia, porque dobló una rodilla, tocó el suelo con la palma de su mano derecha elevándola después hasta su cabeza, con la palma vuelta hacia mí, enderezándose en seguida.

Singular manera de saludar, pensé para mí. No recuerdo haber visto a un indio saludar en esta forma.

—Buenas noches —le dije.

—La noche es larga y fría —dijo sin contestar a mi saludo como yo había esperado—. Los cerdos me molestan. ¡Oh!, es horrible, es espantoso estar siempre a la defensiva e inerme. Fui creado con cuidado sacro para estar asegurado por una eternidad y, sin embargo, ahora estoy en decadencia y me derrumbo. Larga es la noche, ¡oh, señor!, larga, oscura y fría. Pero ante todo, sobre todas nuestras desgracias, están los cerdos. Son la encarnación de todo lo que es horror en este mundo y en el más allá. No hay nada sobre la tierra ni en parte alguna, más horrendo que los cerdos.

Al decir esto señaló con el brazo extendido en cierta dirección, mas aquel gesto no tenía relación con su discurso, por lo menos así lo creí entonces.

Estaba confundido y no sabía yo qué contestar, porque no tenía ni la menor idea de lo que quería decir. Todo aquello parecía tan confuso. No estaba borracho, eso era evidente. Su mirada era penetrante y tranquila; demasiado tranquila, diría yo. Tampoco encontré en él signo alguno que denotara que se hallaba privado de la razón o de la influencia de alguna droga de las que los indios pueden obtener fácilmente de un gran número de plantas.

No sabiendo qué contestar, me incliné sobre el libro para ganar tiempo, encontré la línea que había perdido al levantar la vista y en aquel instante cruzó mi mente un pensamiento terrible: tal vez, me dije, la soledad y estas lecturas sobre gente extraña y tiempos idos me están volviendo loco; o por lo menos mi cerebro comenzaba a perder su poder para conservar mis pensamientos en orden. Quizá alguna fiebre tropical empezara a desarrollarse en mí, ya que estos males suelen producir alucinaciones.

Sumido en estas meditaciones sobre la claridad de mis ideas y el estado de mi salud, llegué a un punto en el que

me era difícil precisar las fronteras de lo real y de lo imaginario.

Con el único deseo de escuchar mi propia voz pregunté:

—Perdone, señor, ¿qué quiere usted decir? No entiendo una palabra de lo que está usted diciendo. Su historia me interesa, sí, pero dígala usted en términos sencillos, se lo ruego, Ahora, empiece.

Le dirigí esas palabras sin despegar la vista del libro que tenía ante mí. Al terminar le miré en espera de que comenzara a relatar su historia y me encontré con que había desaparecido. Se había marchado tan silenciosamente como había llegado.

De un salto me puse en el umbral de la puerta para cerciorarme de si era un ser real el que me había visitado o había yo sufrido una alucinación. Si aquello era obra de la imaginación, tendría la prueba concluyente de que sufría un trastorno mental y que debía dejar inmediatamente la lectura de aquellos libros.

—¡Gracias a Dios! —balbucí con un suspiro de alivio al ver, a la pálida luz de la luna creciente, al hombre caminando con lentitud. Parecía una sombra, pero su silueta se recortaba claramente.

No era alto, viéndolo de lejos parecía un jovencito de diecisiete años, bastante delgado. Su porte era altivo y su paso ponía de manifiesto la nobleza de su raza. Se movía con la gracia de un venadito en busca del arroyo para saciar su sed nocturna.

Volví a sentarme a la luz de la lámpara para continuar mi interrumpida lectura. Me fue difícil concentrar mis pensamientos en el libro, porque la impresión que me causara el visitante me lo impedía.

Traté de recordar lo que había dicho, pero me fue imposible precisar sus palabras. Entonces, como si la luz de un relámpago iluminara mi cerebro, recordé que él no se

había expresado en castellano, es más, no había hablado en ninguna lengua de las que yo conocía y, no obstante, yo había comprendido sus palabras aun cuando las frases me parecieran incoherentes, causa por la cual el discurso me había resultado sin pies ni cabeza. Todo ello ligado al singular saludo, que hasta ahora me percataba era el saludo acostumbrado por los indios del viejo Anáhuac o que por lo menos yo interpretaba así relacionándolo con las historias que leía.

Nuevamente me encontraba en un laberinto del que mi mente no podía salir, sin duda porque sufría alguna alteración.

Me puse a pensar en la apariencia del hombre. Iba vestido de harapos, esto, desde luego, no tiene importancia, ya que la mayoría de los campesinos indígenas de aquella región, especialmente los hombres, usan la camisa y el calzón de manta, únicas prendas de vestir, hasta que se les desprende el último hilo siempre limpio.

¿Pantalones? ¿Camisa? ¿Qué era aquello? Hasta donde me es posible recordar, sus vestidos no se parecían en nada a estas prendas. Iba simplemente cubierto con una tela en extremo usada, pero que aún presentaba vestigios de haber sido costosa. Se hallaba deteriorada por el tiempo, a tal extremo, que se hubiera podido pensar que de un momento a otro se convertiría en polvo. El tejido de la tela era raro, semejante al de ciertos antiquísimos trajes expuestos en los museos.

Tal vez me haya equivocado respecto a esta apreciación de su vestido; pero de una cosa sí estoy absolutamente seguro y ella es, que llevaba brazaletes y tobilleras de oro macizo bellamente trabajados y un pectoral que era obra manifiesta de la maestría de un gran orfebre.

Sin embargo, una vez más, al tratar de precisar detalles, me encontraba con que de hecho no había visto nada de lo

que suponía y que estaba vistiendo a mi hombre con las prendas llevadas por los personajes de los libros con quienes había convivido en los últimos días. Todo esto resultaba ridículo.

Como consecuencia dejé la lectura por aquella noche y me eché sobre el catre. ❖

Capítulo 8

❖ AL DÍA siguiente, estaba parado en el pórtico cuando me percaté de la presencia de tres cerdos que andaban hozando por allí. Uno de ellos era amarillo y los otros dos eran negros. Ya antes había visto a aquellos mismos cerdos sin que me llamaran especialmente la atención.

Ahora los miraba con interés porque me recordaban, de pronto, al visitante de la noche anterior. ¿No había hablado él a propósito de los cerdos y del horror que éstos le inspiraban? En cualquier forma, no encontraba relación alguna, al menos de momento, entre mi visitante y aquellos animales.

Indudablemente que los cerdos pertenecían a alguna familia campesina que habitaba en algún rincón de la selva y habían salido en busca de alimento. Los campesinos no se preocupan por alimentar a sus cerdos, dejan que ellos busquen el sustento y sólo unas semanas antes de llevarlos al mercado o de ser sacrificados, los atan a un árbol y les dan unos cuartos de maíz.

Si los animales pertenecían al hombre que me había visitado la noche anterior, era asunto suyo, no mío, que no se alejaran demasiado de su casa; pero pensé que era absurdo que me hubiera molestado a las altas horas de la noche con aquel motivo.

Sin embargo, quise hacer algo por él y lancé unas piedras a los cerdos para obligarlos a tomar el camino de su casa. Se alejaron un poco, pero no lo tomaron. Después de correr un rato se apartaron de él y se dirigieron a una colina cubierta de maleza.

Al parecer habían encontrado buen alimento en aquella colina porque los vi moverse de un lado a otro, escarbando la tierra con el hocico, en busca de raíces.

Fui a recoger los huevos al gallinero, cociné mi desayuno y olvidé a los cerdos. ❖

Capítulo 9

❖ TRES DÍAS más tarde, cerca de las once de la noche y cuando me hallaba como de costumbre sumido en la lectura, tuve la misma extraña sensación que experimentara tres noches atrás, cuando el visitante indio entrara en la casa sin que yo lo viera ni lo oyera.

Mirando con disimulo hacia un lado fuera de las páginas del libro, sentí que algo helado me corría por la espina al percatarme de la presencia del mismo individuo parado a media pieza, observándome silenciosa y persistentemente.

El escalofrío que sentí por un momento, me dejó para ser reemplazado por la irritación que me causaba la presencia de aquel hombre que entraba en la casa sin pedir licencia para ello.

Le pregunté con voz alterada:

—¿Por dónde entró usted? ¡Con un demonio! ¿Qué es lo que pretende colándose así a medianoche? Esto no es una taberna, es una casa particular, privada, ¿me oye? Quiero que entienda que debe respetarla. ¿Qué diablos quiere usted aquí? Si viene en busca de sus cerdos, encuéntrelos, por favor, lléveselos y amárrelos. No quiero verlos aquí, me son odiosos, ¿entiende? Yo desprecio a esos animales.

Me miró con ojos desorbitados y como si se esforzara por comprender lo que le decía y al cabo de un rato, me

contestó con voz profunda y apagada.

—Yo también, señor, créame, yo también desprecio a los cerdos. Pero no sólo los desprecio, también les temo. ¡Ellos son el terror del universo!

—Eso a mí no me importa. Si no le gustan mátelos o véndalos. ¿Qué más da? Pero, por favor, déjeme en paz.

Mientras hablaba le miraba directamente a la cara. Su expresión se tornaba tan triste que toda mi violencia se disipó y empecé a sentir una gran compasión por él, que al parecer sufría tanto.

Durante algunos instantes no me quitó la vista, después dijo:

—Mire señor, mire esto —y se señalaba la pantorrilla izquierda.

Aquello era horrible. Como a seis pulgadas, arriba del tobillo tenía una herida de aspecto repulsivo.

—Esto —explicó— me lo hicieron los cerdos.

Su voz era lastimera, tanto que estuve a punto de que las lágrimas me saltaran de los ojos, aunque este singular deseo de llorar más bien podría atribuirse al cansancio mental que sufría. Algo extraño ocurría en mi salud, pues sólo así era explicable aquella sensibilidad.

El hombre prosiguió:

—Es horrible, ¡oh señor!, es espantoso. ¿Cómo podría hacerle comprender? Me encuentro absolutamente indefenso, sin medios para protegerme contra los ataques de estas de estas bestias horribles. Ruegue usted señor, encarezca a todos los poderes de la Providencia que nunca caiga sobre usted infortunio semejante al que yo sufro. No pasará mucho tiempo sin que estas bestias me roan el corazón, me saquen los ojos y llegue el día espantoso en que me devoren los sesos. ¡Oh, señor!, por cuanto a usted le sea sagrado, haga algo para ayudarme, para socorrerme en esta amargura indecible. Sufro cien veces más de lo que

cualquier ser humano pueda soportar. ¿Qué más podría decir a usted, señor, para convencerle de mis horribles padecimientos?

Al fin sé por qué ha venido. Sin duda me ha confundido con el doctor. En toda la región era sabido que aquél no ejercía, pero como el médico más cercano vivía a sesenta kilómetros de distancia, el doctor Cranwell se prestaba a ayudar en casos urgentes. Para esos casos de emergencia guardaba un botiquín bien surtido.

Busqué el botiquín y tomé de el vendas, algodón, una solución desinfectante y un unguento que juzgué conveniente aplicar en aquella horrible herida.

Cuando me aproximé al hombre para curar su herida, retrocedió dos pasos y dijo:

—Todo eso, señor, es inútil, absolutamente inútil en mi caso, se lo aseguro. Son los cerdos los que me hacen sufrir y estas heridas son sólo una advertencia de lo que me ocurrirá si no puedo defenderme de ellos.

No considerando acertada su negativa para ser curado, traté de sujetarle la pierna, pero mis manos tocaron sólo el vacío. Levantando la vista, confundido, me di cuenta de que había retrocedido un paso más. Qué ridículo ser engañado en esa forma, pensé. Hubiera jurado que el movimiento de mi mano había sido el preciso para alcanzar su pierna.

Me levanté. Me dirigí a la mesa, puse sobre ella los medicamentos y permanecí ahí un momento preguntándome qué podría hacer hasta que, obligado por un impulso, me volví diciéndole:

—Las joyas que adornan sus brazos, sus tobillos y su cuello, son muy hermosas. ¿Cómo pudo usted obtenerlas?

—Mi sobrino me las dio cuando tuve que abandonarlo como a todos los otros.

—Parecen muy antiguas, cualquiera diría que son obra de algún orfebre tolteca, azteca o mixteco de la antigüedad —

qué se yo— que viviera hace siglos.

Hizo un signo afirmativo.

—Son en realidad muy viejas, pertenecen al tesoro de mi familia.

Yo sonreí, pero él era demasiado cortés para interpretar la ironía de mi gesto.

Durante un minuto permanecemos en silencio. En el lapso que duró aquel silencio me percaté de que volvía a confundir el presente con el pasado. Qué extraño, pensé, este hombre ha dicho: «Mi sobrino me las dio». Y era costumbre entre aztecas, texcocanos, chichimecas y otros pueblos indígenas, que después de la muerte del rey no fuera el hijo, sino el sobrino de éste quien le sucediera en el trono, hecho que comprueba que los indios de la antigüedad tenía un conocimiento profundo de las leyes naturales de la herencia de las que conocemos tan poco.

Tenía la cabeza pesada, era indispensable que dejara la soledad de la selva y regresara a algún sitio en el que la gente viviera y luchara por su existencia. Mi mente daba signos definitivos de desequilibrio.

—Ahora, con el permiso de usted, tengo que irme —dijo el indio interrumpiendo el vagar de mi pensamiento.

«Sólo le ruego, señor, que no olvide que son los cerdos la causa de mis sufrimientos horribles. Tal vez dos o tres grandes piedras colocadas y cementadas den resultado. Es tanta la vergüenza que siento de mí mismo, que tengo que pedirle ayuda señor. Pero como usted ve, me encuentro indefenso, totalmente imposibilitado y necesito un amigo en este mundo».

Las lágrimas corrían lentamente por sus mejillas, aun cuando hacía esfuerzos visibles para evitarlo.

Levantó el brazo derecho, se tocó los labios con la mano abierta, la elevó después sobre su cabeza y durante dos segundos mantuvo la palma levantada y vuelta hacia mí.

Entonces me percaté de que su mano era de líneas muy finas y semejante a alguna otra que había visto no hacía mucho tiempo; pero no pude recordar cuándo ni dónde. Tal vez la había soñado.

También por primera vez me percaté de que tenía una barba sedosa, como no recordaba haber visto nunca otra. Sin embargo, esa barba me trajo a la memoria, no sé por qué extraña relación mental, la lucha que los indios habían sostenido con sus opresores hacía ya mucho tiempo, y tuve la visión de cientos de indios colgando sin vida de los árboles mientras una multitud de niños corría hacia las montañas.

Pero por grandes que fueron los esfuerzos que hice, no logré discernir si aquella historia me la habían contado o la había leído. Sí, tal vez la había leído en algún libro sin poder precisar en cuál de los muchos que habían pasado por mis ojos últimamente.

Fue debido a aquel pensamiento, y obligado por el torbellino que se agitaba en mi cerebro, por lo que discurrí preguntar al hombre en dónde vivía. Y me pareció que de pronto aquella pregunta abarcaba para mí, en aquel momento, el problema más importante del mundo.

Levanté la vista para saludarle, percatándome de que desaparecía mientras yo soñaba con los ojos abiertos.

De un salto me puse en la puerta.

Real y positivamente, él caminaba con la majestad de un rey cruzando el sendero.

Tal vez sintió que lo observaba desde el pórtico, porque había caminado más o menos cincuenta metros cuando me pareció que se detuvo, se volvió y con un brazo extendido señaló la colina a la que los cerdos se habían dirigido arrojados de los alrededores de la casa por las piedras que yo les lanzara.

Siguió su camino. Poco después se detuvo para dirigirse hacia la colina.

Lentamente y con vacilación, según pensé, ascendió la colina. Allí la maleza era tan alta y densa que tuve la impresión de que se lo tragaba, porque ya no pude verlo más. ❖

Capítulo 10

❖ EN CUANTO amaneció al día siguiente, tomé mi machete y me abrí paso a través de la maleza hasta la colina.

Con todo cuidado me di a la tarea de investigar cuál había sido el camino seguido por mi visitante la noche anterior, con el propósito de localizar el que conducía a su casa.

Para mi asombro, no encontré huella alguna. No había ni una ramita rota ni una mata aplastada que indicaran su paso. No resultó en forma alguna tan sencillo, como yo creía, seguir sus huellas. Me interesaba saber en dónde habitaba, pues había pensado ofrecerle algunas cosas de mayor utilidad para él a cambio de alguna de las joyas con que se adornaba, porque era indudable que más le hubiera servido un trozo de piel para hacerse unos huaraches nuevos; unos pantalones, una camisa o lo que él hubiera querido.

Haciendo observaciones cuidadosas en la colina, tuve un descubrimiento curioso. Aquello no era un promontorio natural, se debía a la mano del hombre y estaba formado de piedras cortadas y pegadas una a otra con una mezcla especial que no difería mucho de la del cemento. Aparentemente hacía varios cientos de años que lo habían construido. En las hendiduras y grietas habían enraizado

hierbas y arbustos, cubriendo el pequeño monumento o lo que aquello fuera, de una densa capa de maleza.

Aquel extraño descubrimiento me hizo olvidar la idea de seguir las huellas del indio.

Cuando hube limpiado de maleza una pequeña extensión, hice otro descubrimiento. Hallé una escalera de piedra que montaba de Oeste a Este.

La colina tenía más o menos cuatro metros de altura. Conté los escalones, había trece. Entonces recordé que para los indios de la antigüedad, trece representaba un ciclo de años; cuatro de ellos, o sea 52, tenían el mismo valor que para nosotros tiene un siglo y que ellos empleaban inteligentemente para la anotación cronológica de sus acontecimientos.

Tal vez pensé, el hecho de que los escalones fueran trece, era una mera coincidencia.

Continué mi tarea de limpiar aquello de maleza y cuando hube terminado de quitar arbustos y hierba descubrí una gran mole, especie de pirámide con la parte de arriba plana, y cuyos lados medían cada uno aproximadamente dos metros y medio de largo. Junto a su base, un lado de la construcción estaba rota. De la presencia de mezcla y pedazos de roca sobre la hierba verde aún, deduje fácilmente que aquel agujero había sido hecho sólo unos cuantos días antes. Yo estaba seguro de que los cerdos lo habían hecho el mismo día que los hice huir apedreándolos y que los vi cruzar hacia este sitio.

Observando detenidamente me percaté de que los cerdos se las habían arreglado para penetrar hasta el interior de la pequeña pirámide, cosa no muy difícil ni siguiera para estos animales, tomando en consideración que la construcción se hallaba bien minada por los años.

En aquel preciso momento concebí la idea de que era ese sitio precisamente el que me daría la clave —cuando

menos en parte— de las dos visitas nocturnas con las que había sido honrado por aquel extraño visitante.

Volví corriendo a la casa para traer un pico y una pala.

Fui rompiendo pedazo por pedazo las piedras y la mezcla por el lado que el estado ruinoso de la construcción hacía más fácil la tarea. No obstante, ésta fue más dura de lo que yo había juzgado, porque, sea quien fuera el que había construido este pequeño monumento, había conocido muy bien su oficio.

Después de dos horas de arduo trabajo logré hacer un agujero por el cual podía pasar, aunque con bastante dificultad, por su angostura.

Una vez dentro, encendí un cerillo. Apenas había ardido la fracción de un segundo, cuando lo dejé caer y salí de la cueva con rapidez tal que mis brazos, hombros, orejas y cuello, sangraban a causa de las heridas que me produjeron los bordes de la abertura.

Me senté sobre la hierba bañado de luz, envuelto en gran silencio, tratando de recobrar el aliento que había perdido cuando, expulsado por el horror, había tenido que salir violentamente del agujero.

Sentado allí, bajo aquel cielo sin nubes, pensé lo poco que el hombre puede confiar en su vista, porque había sido sin duda está la que me había hecho la mala jugada.

Al examinar la pirámide tuve la intención de dejar el lugar en la misma forma en que lo había encontrado, cerrando el agujero que había hecho, Pero ahora, después de haber estado en su interior y de conocer su macabro contenido, debía obrar en otra forma. Era absolutamente necesario romper la parte superior para lograr que la luz del día penetrara plenamente y alumbrara el interior. Me era de todo punto imposible dejar las cosas en el estado en que estaban, pues ello me atormentaría durante los próximos veinte años, perturbando la paz de mi mente para siempre,

haciéndome sufrir de insomnio durante cientos de noches y colocándome al borde de la locura. En adelante me asustaría penetrar en un cuarto oscuro o dormir con la luz apagada.

Necesitaba aclarar todo aquello aun cuando sólo fuera para cerciorarme de que ya estaba loco o solamente en vías de estarlo.

Decidí poner manos a la obra inmediatamente, sólo para no pasar una noche espantosa. ❖

Capítulo 11

❖ HACIENDO caso omiso del sol que dejaba caer sus rayos ardientes sobre mí, emprendí mi tarea de romper la cúspide de la pirámide cuyas piedras me separaban del interior. Era necesario que la luz penetrara, que hubiera luz, mucha luz. Por nada del mundo volvería a introducirme por el estrecho agujero.

Cerca del mediodía la cúspide había desaparecido y el interior del pequeño monumento se mostraba a plena luz. ¡Ni estaba loco ni soñaba! Las heridas de mis manos eran prueba más que suficiente de que estaba completamente despierto.

Allí, en el monumento abierto, construido reciamente con el propósito de conservar su contenido intacto hasta el último día del mundo, se hallaba sentado el indio que por dos veces me había visitado a medianoche.

Apoyaba los codos sobre sus rodillas. Tenía la cabeza inclinada y oculta entre las palmas de sus manos. Su postura era la del que solían hacerlo profundamente o duerme. Había sido enterrado en la posición en que solían hacerlo los de su tribu, pero el cuidado con que había sido allí era patente y ponía de manifiesto con mayor relieve que la inscripción en cualquier lápida, la gran estima en que el

pueblo le tenía y lo muy amado que había sido por sus amigos y parientes.

La tumba se había conservado al abrigo del aire hasta el momento en que los cerdos se abrieran paso a través de las piedras, cosa que no habrían logrado si la maleza con todo su vigor tropical no hubiera hecho penetrar sus raíces profundamente en las juntas, abriendo grietas que fueron el principio de la ruina. Una vez iniciada ésta fue fácil para los cerdos profundizar las grietas y meter la nariz a través de ellas hasta que llegó un momento, hacía sólo tres días de ello, que les fue posible introducirse por ellas.

El cuerpo no tenía la apariencia de una momia egipcia. No estaba vendado, parecía haber perdido la vida solamente un día antes, si no es que sólo la noche anterior en que le viera dirigirse al monumento.

A la brillante luz del sol, las viejas telas que lo cubrían lucían más costosas que la noche anterior. Estaban hechas de una especie de seda manufacturada con fibras especialmente cultivadas, de maguey y henequén, y entretejidas con recios hilos de algodón que les daban gran durabilidad y resistencia. La intensidad de los colores había decrecido, pero era obvio que se habían empleado en su tintura más de siete diferentes. Al observar el cuerpo, me percaté de que en la pantorrilla izquierda tenía una profunda mordida en el mismo sitio que me había mostrado la noche anterior y que yo había tratado de apresurarme a curar. Únicamente faltaba en ella sangre que no parecía fresca ni seca; pero los cerdos habían dejado ya el hueso al descubierto.

Parecía extraño que aquellos animales hubieran devorado su pantorrilla, pues la carne del pecho, de la cara, en fin, la que recubría el cuerpo, había endurecido en forma tal que parecía madera. En mi opinión carecía en absoluto

de valor alimenticio, aunque tal vez los cerdos no eran de la misma opinión.

Era fácil explicar por qué el cuerpo había conservado su apariencia vital durante todo aquel tiempo.

En primer lugar el cuerpo debió haber sido embalsamado, costumbre que seguían los antiguos indios civilizados, especialmente con los miembros de la nobleza y cuyo procedimiento era superior al de los egipcios porque su resultado era de mayor efectividad. En segundo lugar, la cripta en la que se hallaba el cuerpo estaba cuidadosamente privada del contacto del aire y, además, el suelo estaba provisto sin duda de elementos químicos que a su vez habían contribuido a la conservación del cuerpo.

Miré y volvía mirar mi hallazgo. Su apariencia era tan real, que esperaba verle moverse, despegar la cabeza de las palmas de sus manos, ponerse de pie y comenzar a hablar. De haber ocurrido esto, no me habría sorprendido en lo mínimo. ❖

Capítulo 12

❖ LOS RAYOS del sol caían sobre mi cabeza verticalmente y el calor era cada vez más insoportable. Se me ocurrió que aquel calor espantoso podía destruir el cuerpo si lo dejaba largo tiempo expuesto a los rayos galvanizadores del sol.

Corrí a la casa para buscar un cajón de madera en el que colocar el cuerpo para llevarlo a un sitio sombreado ya fuera en el pórtico o dentro de la casa.

Por el momento no tuve conciencia del porqué de mi ansiedad por sacar el cuerpo del lugar en que se encontraba; de alejarlo del sitio que le correspondía y al que tenía perfecto derecho. Allí había descansado durante doscientos de años y allí debía permanecer. Ése era el sitio que su pueblo, sus amigos, sus parientes le habían asignado.

Hasta este momento recuerdo que no guiaba mi deseo ninguna idea definida, por lo menos ninguna concebida por mi cerebro. Obraba en forma absolutamente mecánica sin dedicar ni un solo pensamiento al porqué. Actuaba como si no pudiera hacerlo en otra forma y, sin embargo, estaba consciente de no sufrir influencia externa alguna.

Con el mayor cuidado me apliqué a la tarea de colocar el cuerpo dentro de la caja de madera que había traído.

Dentro de la cripta no había sitio bastante para colocar la caja junto al cuerpo; así pues, me vi obligado a dejar la caja fuera, junto a la base de la construcción.

Traté de afianzarlo reciamente pero me fue imposible tomarlo, pues mis manos chocaron entré sí sin que entre ellas quedara nada sino un poco de aire.

Hacía apenas media hora me había percatado de que el cuerpo estaba duro como petrificado y ahora todo desaparecía, hasta la vuelta y espesa cabellera negra, las uñas pintadas, los restos de las costosas telas que lo vestían; todo, absolutamente todo se había convertido en un montón de polvo gris, tan fino que la brisa más leve se lo hubiera llevado.

El polvo se había esparcido por el suelo quedando algo entre mis manos, que examiné asombrado. Con igual asombro me percaté de que el polvo se había mezclado rápidamente con la tierra en tal forma, que era difícil distinguir cuál era el polvo y cuál la tierra que había caído en la cripta mientras yo excavaba.

Ya no había razón para continuar allí en espera de nuevos acontecimientos, pensé, sobre todo teniendo que sufrir los rayos del ardiente sol y el vapor sofocante que se levantaba de la maleza.

Soñaba, sí, no cabía duda. Dormía a la brillante luz del día creyéndome despierto. Hice esfuerzos por despertar y librarme de la modorra en mi cerebro.

Indudablemente me hallaba al borde de una grave enfermedad. A mi alrededor la maleza parecía un enorme monstruo adormecido envolviéndome en su aliento y de cuyos efluvios me era imposible escapar. ¿Adónde podría huir en busca de ayuda, adónde? Por mucho que corriera, por veloz que fuera mi huida no encontraría más que la selva, la maleza y el despiadado sol enviando sus rayos sobre mí, dándome la sensación de que mi cerebro se iba secando y que llegaría a convertirse en un insignificante montoncito de polvo. ❖

Capítulo 13

❖ ESTABA enfermo, dormía a plena luz y me era imposible distinguir lo real de lo imaginario.

Y ahora, ¿qué es esto?

Allí, justamente a mis pies, brillando a la luz del sol, se encontraban los ornamentos de oro del indio. Aquellas joyas magníficas que había yo admirado la noche anterior, no se habían convertido en polvo, estaban allí, podía verlas claramente, podía tocarlas con mis dedos y tomarlas con mis propias manos, levantándolas del suelo, porque no cabía duda de que eran objetos reales y no parte del sueño. Pensé que si estaban allí, la presencia del indio o su cadáver debió ser real y esto sería prueba suficiente de que no estoy trastornado, de que estoy tan sano como lo he estado siempre. Si soñara no tendría entre mis manos aquellos brazaletes y tobilleras de oro macizo.

Los recogí y me los llevé a la casa. Allí los estudié cuidadosamente aplicando a su examen los conocimientos que había adquirido en algunos libros recientemente leídos.

Concluido el examen rendí mi más profunda admiración a los artistas creadores de aquellas hermosas joyas. Entonces las envolví en un papel, las metí dentro de una caja y coloqué ésta sobre un estante.

Estaba tan excitado que apenas pude comer.

Antes de que el sol se pusiera, regresé al sitio en el que se hallaba la pirámide y llené con tierra y piedras la excavación que había hecho, para evitar que caballos o vacas pudieran quebrarse una pata al cruzar por allí.

Cuando hube cubierto la excavación pensé que aquello no era necesario, porque ni hombres ni animales acertarían a pasar por allí, ya más fácil rodear la colina.

Pero algo inexplicable me había impulsado a cubrir la pirámide. Tuve coincidencia de que la idea de evitar accidentes a hombres y animales era solamente la justificación objetiva que daba a mi trabajo.

Pasé parte de la noche pensando en mis experiencias de los últimos días. Luché por hilvanar lógicamente todos los acontecimientos, pero tropecé con tantas dificultades, con tantas contradicciones, que me di por vencido antes de llegar a conclusión alguna. ❖

Capítulo 14

❖ CERCA de medianoche me acosté rendido por el trabajo físico y la turbulencia mental del día y me quedé dormido inmediatamente.

En mi sueño hubo de todo, menos tranquilidad. Cada ensueño llegaba a un punto culminante y ninguno quedaba sin desenlace. Tan pronto como éste llegaba, volvía de mi sueño sobresaltado, como despertado por un ruido horrísono, para caer inmediatamente en garras de otro ensueño.

Me vi vagando por los «tianguis» de antiguas ciudades indias, sin poder encontrar algo que me era absolutamente indispensable. Cada vez que pensaba haber encontrado lo que necesitaba, en el preciso momento en que ello ocurría, me daba cuenta del enojoso hecho de que había olvidado lo que era.

Mi cerebro trabajaba febrilmente para recordar el nombre de aquello cuyo uso había olvidado. Así pues, para no parecer ridículo o atraer sobre mí la atención, compré el primer objeto que se me presentó.

Tan pronto como lo tuve en mis manos, supe que distaba mucho de ser el objeto que acababa de comprar. Traté de meterme en la bolsa lo adquirido, pero para mi sorpresa encontré que ninguno de mis vestidos tenía bolsa. El

vendedor me exigía el pago de su mercancía y yo traté nerviosamente de encontrar en mí los granos de cacao que constituían la moneda corriente. En lugar de éstos, aparecían en mis manos hormigas, granos de pimienta, uñas, polvo, mechones de cabellos gruesos y negros, de indio.

Me hallaba en trance de ser perseguido por el policía del mercado, un indio desnudo, por el delito de estafa. Volé hacia la selva en donde me vi prisionero de una maleza espinosa entre la que se destacaban cactus fantásticos que gritaban y lloraban tratando de aprehenderme para entregarme al policía desnudo.

Tenía la piel hecha pedazos por los piquetes de las espinas. No importaba el sitio en que colocara los pies, en todos había escorpiones gigantes, horribles tarántulas peludas del tamaño de un mono pequeño, la que con sus ojos verdosos trataban de sugestionarme para que me metiera en sus cuevas demasiado estrechas para que pudiera yo arrastrarme al interior. De las ramas de los árboles y alrededor de los troncos, pendían y se enroscaban cientos de culebras. Algunas delicadas, verdinegras otras, púrpura algunas más. Unas azotaban el viento como látigos, y otras, cuando me aproximaba, parecían ser mitad saurio y mitad pierna humana a la que se le hubiera devorado un trozo.

Durante todo el tiempo que pasé luchando con las tarántulas, culebras y alacranes, oía al policía gritar. Éste había lanzado sobre mí una manada de tigres feroces para darme caza.

Cuando ya no me quedaba escape alguno, descubrí una empinada roca que trepé, encontrando un par de leones esperándome en la plataforma que cortaba la cúspide y cuya superficie aparecía cementada. Sobre mi cabeza volaban enormes zopilotes en espera de apoderarse de mis

despojos para alimentar con ellos a sus polluelos de color negro, a los que se escuchaba piar hambrientos.

En ese mismo instante, cuando uno de aquellos pájaros gigantes se lanzaba contra mí y se encontraba tan cerca que sentía el aire agitado por sus poderosas alas, perdía el equilibrio y caía en un precipicio al que no veía fondo.

La caída duraba muchas horas. Mientras caía pude percatarme de muchas que ocurrían al mismo tiempo. El policía indígena se había cubierto de plumas de perico y silbaba a la zarigüeya que ya sustituía a los tigres que se habían amotinado porque no les había pagado sus salarios adelantados.

El cuerpo de policía volvía a su puesto guiado por una banda de música. Los hombres, al pasar por el mercado, arrestaban al comerciante, al que aún debía yo tres y medio granos de cacao, y lo vendían como esclavo a una tribu vecina, hecho que no le afectaba; gritando a los cuatro vientos que, por el contrario, le placía, que justamente su mayor deseo era ser esclavo porque así no tendría ya que preocuparse por el alquiler de la casa, por las boletas de contribuciones, por los recibos de la luz y por las exigencias crecientes de su ambiciosa familia y porque, además, sabía que los aztecas trataban a sus esclavos tan bien como a los miembros de su propia familia, tal como si se tratara de una legión de sobrinos. Mientras tanto, yo llegaba al fondo de una cañada, me golpeaba la cabeza duramente contra una piedra, tanto que despertaba y miraba el cañón inundado de luz, pero aquella luz era la de la luna iluminando mi cuarto. Entonces me di cuenta de que me encontraba tendido sobre mi catre, a salvo, y que ningún policía marchaba tras de mí. Al instante me calmé y volví a dormir.



Capítulo 15

❖ AHORA luchaba al lado de los conquistadores, Los aztecas me hacían prisionero. Me arrastraban a su templo principal para sacrificarme. El gran sacerdote se aproximaba a mí para preguntarme qué deseaba cenar, agregando que me arrancarían el corazón para arrojarlo palpitante a los pies del dios de la guerra que me miraba amenazadoramente; pero que en cuanto yo lo veía cambiaba de expresión, sonreía y me guiñaba uno de sus resplandecientes ojos. Yo sabía que era un dios de piedra, pero no me engañaba respecto a sus sonrisas y gestos, ni me equivocaba cuando le oía decir que, en vez de que mi corazón cayera a sus pies, le fuera puesto en los labios para sorberle la sangre, porque estaba cansado de sangre indígena y deseaba un cambio en su dieta de vez en cuando. El gran sacerdote se aproximó, enrolló las anchas mangas de su camisa blanca y tiró hacia atrás de mi barba, brutalmente, forzando con crueldad mi cabeza sobre la espalda como si se dispusiera a sacrificar a un buey. En seguida hundió en mi pecho su cuchillo de obsidiana y desperté.

Pronto me recobré del dolor imaginario en el pecho y volví a dormir. En esta ocasión me encontré peleando al lado de los indios tabascos, quienes luchaban por hacer a un lado una fuerte masa de cañones y caballos. Los

españoles me hacían prisionero y gritaban jubilosos por haber logrado un americano más que agregar al almuerzo con que pensaban confortarse por la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Me sujetaron a un juicio y fui condenado a perder ambas manos. Procedieron a cortármelas con un cortaplumas que, como favor especial según me explicaron, había sido desafilado. Una vez cortadas mis manos sentí que la circulación de mis brazos se embotaba y desperté percatándome de que colgaban a ambos lados del catre, posición que detenía la circulación de la sangre, dándome la impresión de que mis manos se hallaban muertas.

Poseía un comercio en la antigua ciudad de Tenochtitlán. Me habían ordenado la manufactura del manto real para la coronación del nuevo rey. Debía hacerlo con plumas de las más hermosas aves tropicales. Pero ocurría algo singular: todas las plumas tenían vida propia y se lanzaban a vuelo obligándome a salir en su persecución, cosa que tenía que hacer todavía un cuarto de hora antes de la coronación.

Ya príncipes, nobles y embajadores se encontraban reunidos. Una gran multitud se hallaba frente al palacio del rey y llenaba además las calles que conducían a la gran pirámide. Cientos de servidores reales acudieron a mi taller en demanda del manto urgentemente necesitado para aquel importante evento.

No bien había yo cosido una pluma y me disponía a pegar la siguiente, cuando la primera emprendía el vuelo. Ya mi casa se hallaba rodeada de guerreros y cortesanos que gritaban a voz en cuello:

—¡Danos el collar para la coronación, danos el collar de plumas, pronto, pronto o todos moriremos. Todos estamos condenados a morir. La muerte nos conduce!

En mi prisa por terminar el manto a pesar de todos los obstáculos, me descuidé un instante para tomar una aguja y entonces el manto, aprovechando la oportunidad, saltó hacia la puerta abierta, salió al pórtico y se echó a volar. Se hallaba viajando por las nubes, cuando de pronto todos los miles y miles de plumas, que en cincuenta y dos noches de insomnio había cosido, volaron piando como pájaros y desaparecieron en todas direcciones. Desperté y oí el canto de los millones de chicharras y grillos que habitaban en la maleza. ❖

Capítulo 16

❖ UNA VEZ seguro de que me hallaba a salvo en mi cuarto y en mi catre, y de que era el emperador de Anáhuac quien debía preocuparse por los festejos de su coronación encargando a algún artista indígena la confección del suntuoso manto de plumas y que... y que... de pronto la puerta del cuarto en que dormía se abrió.

Esto me sorprendió porque recordé perfectamente que, como de costumbre, no solamente había cerrado la puerta, sino que la había asegurado con una tranca pesada. A pesar de ello la puerta se abrió para dar paso a mi conocido visitante, el indio a quien había visto caer por tierra convertido en polvo, hacía sólo doce horas.

La pieza se hallaba iluminada por una luz extrañamente pálida que hacía aparecer la atmósfera como invadida por una niebla fina y luminosa.

Traté de saber de dónde partía aquella luz, pero me fue imposible. No provenía de la Luna porque ésta se había ocultado unas horas antes, luego pensé que tal vez sería la cola de un cometa cruzando sobre la Tierra, pero más tarde observé que sólo mi cuarto se hallaba iluminado por aquella nube de reflejos plateados.

El indio se aproximó a mi catre. Allí permaneció estático, mirándome a la cara.

Tenía yo los ojos ampliamente abiertos, Pero no me era posible moverme aun cuando traté de hacerlo. El origen de aquella inmovilidad pareció sólo mental, no física. La voluntad me había abandonado, yo lo sabía y comprendía que para moverme lo primero que necesitaba hacer era recobrar el imperio de la voluntad.

No obstante el estado que guardaba, no me atormentaba ningún temor; lejos de ello, me embargaba un maravilloso sentimiento de amistad, de amor inmaterial como no puedo recordar haber experimentado antes ni en presencia de mi madre.

Pienso que, si un estado de ánimo similar habrá de invadirme en el momento de morir, nada podrá ser tan grande ni tan dulce como la muerte.

El visitante levantó el mosquitero de mi cama con gesto solemne, y a pesar de que ya no tenía ante mis ojos la trama del tejido, no cambió el aspecto de la luz difusa que llenaba el cuarto. Momentos antes había pensado que el raro aspecto que a mis ojos tenía aquella luz, se debía a que la miraba a través del velo del mosquitero; pero ahora me convencía de que la difusión era real.

El indio volvió a saludarme como en las noches anteriores, mirándome larga y reflexivamente, como si tratara de estudiar todos los rasgos de mi semblante.

Al cabo de un tiempo empezó a hablar. Habló lentamente, como para dar a cada palabra su más profundo significado:

—Dígame, señor, ¿cree usted que se debe robar a un ser indefenso, privándolo de las pequeñas prendas que son la única compañía de que podría gozar en su largo viaje al país de las sombras? ¿Quitarme mis regalos? Me fueron dados por aquellos que me aman, por aquellos a quienes amo tiernamente, por aquellos que vertieron tantas y tantas lágrimas amargas cuando los dejé. ¡Cómo quisiera hacerle

comprender que estas prendas iluminan mi camino a través de la inmensa noche! Por amor, solamente por amor viene el hombre al mundo. ¿Cuál otro es el propósito del hombre sobre la tierra? Puede ganar fama, honores, riquezas portentosas, pero todo ello, por grande que pueda parecer a primera vista, carece de importancia comparado con el amor. Ante la gran puerta que todos tendremos que cruzar un día, hasta las oraciones más fervientes son consideradas como pequeños cohechos ofrecidos con la intención equívoca de lograr el favor especial de Aquél que es todo justicia y que está demasiado alto para tomar en cuenta esas oraciones.

»Cara a cara con la eternidad, sólo el amor cuenta. Sólo el amor que damos y el que recibimos son tomados en consideración. Al comparecer ante el Eterno, somos juzgados sólo de acuerdo con nuestra virtud de amar. Así pues, comprenda, amigo, y devuélvame las prendas que me quitó, sin saber comprender su verdadero significado. Démelas esta noche, porque, cuando al cabo de mi largo viaje llegue a la gran puerta, tendré necesidad de ellas.

»Cuando me pregunten: ¿Quién eres?, debo tenerlas en las manos para contestar simplemente: ¡Mirad, oh Creador mío!, aquí en las manos traigo las prendas que me identifican. Pocas y pequeñas son en verdad, pero el hecho de haberlas conservado conmigo a través del largo camino, pone de manifiesto que aún soy amado en la tierra, y si fui y soy amado, alguno debe ser mi valor».

La voz del indio se perdió en un gran silencio.

No fue su elocuencia, sino aquel gran silencio que me envolvió como un poder invisible, el que a partir de aquel momento habría de controlar las palabras, los hechos y las cosas que debían influir mi vida en adelante.

Me levanté de la cama, me vestí, me calcé las botas y me dirigí al estante de los libros. Abrí el paquetito, puse el

collar alrededor del cuello del indio; el anillo en su dedo, le coloqué los brazaletes de oro y finalmente me arrodillé para ponerle las tobilleras. Él levantó ligeramente los pies, pero ello fue suficiente para facilitar mi tarea.

Cuando me puse de pie me di cuenta de que había desaparecido.

La puerta estaba cerrada y atrancada. ❖

Capítulo 17

❖ REGRESÉ a mi catre y volví a dormir al momento.

Mi sueño fue tan profundo y tan tranquilo como el que se goza por primera vez al sanar de una grave enfermedad. Hacía semanas que no dormía como aquella noche.

Era tarde cuando me desperté a la mañana siguiente. Me sentí tan fresco, tan lleno de energías, que me parecía posible adueñarme del mundo con el solo deseo.

Me estiraba en el lecho antes de vestirme cuando recordé de pronto el sueño de la noche anterior.

Pensé que nunca antes había tenido un sueño tan lógico y preciso como aquél. Si el hecho hubiera sido real tal vez no lo recordaría con tanta precisión ni me parecería tan impresionante. Desde luego que era un episodio un poco raro.

Busqué mis botas. ¿Qué era aquello? No se encontraban sobre la silla en que las había colocado, ni estaban rellenas de papel. La experiencia me había enseñado, cuando vivía en la selva, a rellenar mis botas con trozos de papel durante la noche y a colocarlas en alto sobre una silla o una caja. Porque solía ocurrir que, por la mañana, al ponérmelas de prisa había percatado de que dentro se hallaban dos escorpiones negros o una serpiente; pequeñeces de las que me daba cuenta cuando tenía las botas puestas y sufría los

piquetes y las mordeduras. Todavía recuerdo la rapidez con que me las quité enterándome de que uno se puede descalzar con la misma rapidez con que se puede quitar el sombrero de tener una serpiente roja en la planta de las botas altas cuando se las tiene calzadas, y la serpiente, aterrorizada como uno, pretende salir al mismo tiempo que el pie, es terrible, y como, además, no se sabe exactamente qué es lo que se tiene bajo él, se sufre un instante enloquecedor mientras es posible sacar el pie y mirar lo que hay dentro.

En cualquier forma, mis botas no estaban sobre la silla.

De pronto recordé que las había dejado caer descuidadamente, debido a que me hallaba muy cansado cuando, después de salir mi visitante, me acosté. Durante su estancia, había yo sacado los papeles que llenaban mis botas a fin de poder calzármelas para ir a la pieza que servía de biblioteca. En las casas, tiendas y cabañas de la selva, yo siempre evito caminar descalzo por la noche.

Había soñado. ¿Pero había sido realmente un sueño? Sí, no cabía duda, había soñado. De un salto llegué hasta el estante que guardaba los libros.

La caja no se encontraba allí. Busqué y la descubrí sobre la mesa. Estaba vacía. El papel en que había envuelto las joyas se hallaba en pedazos por el suelo. No había rastro de las joyas, nada que indicara en dónde se podían encontrar.

La puerta se hallaba bien cerrada y atrancada, exactamente como la había dejado la noche anterior, antes de acostarme.

Corrí hacia la pirámide. Febrilmente quité las piedras, la tierra y los trozos de roca con los que había cubierto la excavación la tarde anterior, pero no encontré absolutamente nada, ni rastro de las joyas.

¿A qué me habían conducido los sueños tontos y embrollados? ¿En dónde había colocado esas joyas mientras

me movía dormido?

Por más que trataba de aclarar mi mente y de refrescar mi memoria, nada recordé. Busqué en toda la casa, hasta en el último rincón, hasta en la hendidura más pequeña. Moví todos los muebles, todos los cajones, abrí sacos y costales, busqué en ollas y tarros. Nada, nada absolutamente, nada en parte alguna.

Tal vez, tal vez los cerdos eran responsables.

La idea me pareció absurda, no obstante, era posible. Pero... ¿Qué tendrían que ver los ornamentos con los cerdos? Era imposible que se los comieran. Ahora, en cuanto a llevárselos y enterrarlos, ¿cómo era posible que un cerdo hiciera semejante cosa? Los pájaros tal vez podrían hacerlo, o los monos, pero los cerdos, nunca. ❖

Capítulo 18

❖ Dos semanas más tarde regresó el doctor.

Primera pregunta que le hice una vez que tomó asiento, fue:

—Dígame doctor, ¿vio usted alguna vez tres cerdos merodeando por aquí? Me refiero a unos en particular, dos negros y un amarillo, todos más o menos del mismo tamaño, peludos y de los más corrientes que crecen aquí.

—¿Tres cerdos? —preguntó—, ¿tres cerdos, dice usted? —Después me miró a la cara con ojos escrutadores—. ¿Cerdos? —repitió en el tono de quien no ha comprendido bien.

Había algo extraño en su voz y en la forma en que me miraba. Interpreté aquello como un disimulado pero profundo examen de mi estado mental.

—Cerdos. Bien, cerdos. ¿Eran cerdos? Algunas personas ven ratones, unas veces blancos, otras veces verdes. Otras ven hormigas. Algunos más miran una rara especie de mosquitos. Usted ve cerdos. Esto es nuevo en patología. Pero estoy seguro, amigo mío, que lo que usted quiere decir es perros. P,p,p, y no c,c,c, ¿entiende, Gales?, perros, perros, perros.

»Tres perros, eso es. Tres perros, dos negros y uno amarillo. Todos casi del mismo tamaño y también peludos.

Lo que ocurre es que la lengua de usted se traba obligándolo a emitir palabras equivocadas, éste es un síntoma muy conocido y útil para el diagnóstico. Pero aparte de eso, tiene usted razón, yo también he visto por aquí y en varias ocasiones tres perros, dos negros y un amarillo. Hasta he llegado a preguntar a algunas gentes a quiénes podrían pertenecer, pero nadie parece conocerlos. En cualquier forma no es asunto mío cuidar de los perros extraviados de los indios. Al diablo con el asunto. Perros, cerdos o lo que sean, ¿qué me importan a mí? Hablemos sobre algo mejor. Porque respecto a perros no quiero hablar. ¿Por qué ha sucedido usted el asunto justamente cuando llego a casa y deseo estar tranquilo y contento? ¿Cuándo sólo quiero gozar del sol, de la selva y de todo esto que he extrañado tan hondamente durante mi ausencia? Me alegro de haber vuelto. Pero, ¿por qué, en el nombre del cielo, ha de hablar usted de perros?

—¿Por qué? Escúcheme, doctor, le contaré lo que me ha ocurrido y sabrá usted el porqué. —Y le conté mi historia.

Creí que se interesaría vivamente por ella, porque después de ver su biblioteca lógico era pensarlo.

—Y bien, lo he escuchado, Gales. Pero, ¿de qué me habla? De un indio muerto que vino a visitarlo dos noches consecutivas. —Y se encogió de hombros como si el asunto fuera de los que a él le ocurrían treinta veces al mes.

Al cabo de un rato, sin embargo, volvió a clavar la vista en mi cara como si tratara de ver a través de todos mis poros con la mirada penetrante de los médicos.

—¿Ornamentos? Es a eso a lo que se refiere, ¿a joyas antiguas, a la antigua orfebrería azteca? ¿Dice usted que tuvo esos objetos entre sus manos y que ahora han desaparecido y no sabe en dónde están? Vaya, muchacho, vaya, esto puede inducirme a ejercer nuevamente. Creí que sólo se trataba de cerdos, pero la cosa es peor. Bien, y

justamente aquí, en mi casa. Bien, nada más puedo decirle por ahora.

Su seca ironía me enfureció, y olvidando toda cortesía le pregunté con dureza:

—¿Entonces no me cree usted? Tal vez piensa que estoy trastornado. ¿Es eso lo que quiere usted decir? Bien, doctor, pues esta vez está usted equivocado, perfectamente equivocado. Si no quiere creerme, si piensa que la selva me ha trastornado, le convenceré de lo contrario mostrándole la pequeña pirámide en seguida. La verá levantarse allí, a cincuenta o sesenta metros. Asimismo le mostraré los trece escalones que conducen a la cúspide. Lo que es más, le mostraré la excavación que hice. Sí señor, así lo haré, ¿qué me dice ahora?

Me dejó hablar sin interrupción y sonrió, diría yo que sonrió diabólicamente.

Después, con la mirada fija en mi rostro y haciendo un gesto paternal, como si escuchara el relato de un enfermo que mintiera terriblemente, sacó con lentitud la pipa de su bolsa. Después de encenderla, sonrió nuevamente, como un mico, pensé.

En tono seco y perezoso dijo:

Así es, Gales, así es, también yo puedo mostrarle una caverna que excavé en la selva. No sólo una, varias, ¡veinte! Pero no importa cuántas ni dónde. Ya no me ocurrirá otra vez. Hace tiempo que pude dominar el asunto.

Ahora era yo quien le miraba interrogativamente.

Él, sin embargo, no dijo más sobre sus aventuras.

Aspiró varias veces el humo de su pipa, después descansó las manos en sus rodillas y dijo:

—Bueno, amigo, le aconsejo, y se lo aconsejo como a un buen amigo su doctor: más vale que vuelva al pueblo, a cualquier pueblo y que allí se contrate una bonita cocinera, joven y no demasiado sucia.

Le aseguro, amigo, que con una buena cocinera en casa no habrá indio muerto que lo moleste, ni joyas antiguas o modernas que lo hagan levantarse en la noche obligándolo a calzarse las botas.

»El consejo es gratis y obtenido de una larga experiencia. Además Gales, le debo algo por ocuparse de mi casa durante mi ausencia. Le traje cinco libras del mejor tabaco que encontré. Tómelo y considérese bienvenido siempre». ❖

Capítulo 19

❖ «BIENVENIDO», esta palabra se fijó en mi mente en forma extraña, sin abandonarme, pasando una y otra vez por mi cerebro. «Bienvenido». ¿Lo soy? ¿Soy realmente bienvenido?

No, no más seré bienvenido aquí. Algo se ha destruido dentro o fuera de mí, o en algún sitio lejano. No podría decir qué ni dónde, pero algo ha dejado de existir. Ya no me sentía el mismo, ni la selva era la misma de antes, al menos para mí. Sentía terror en los sitios en que antes me rodeara una paz celestial.

Repentinamente sentí necesidad de un cambio.

Él había visto tres perros peludos, de los poseídos generalmente por los nativos, dos negros y uno amarillo. Yo había visto tres cerdos peludos, de los generalmente poseídos por los indígenas, dos negros y uno amarillo.

Ve asustó la idea de que llegaría un día en que no habría de ver tres cerdos, sino tres perros; y lo peor sería que fueran exactamente los tres que él había visto.

De pasarme eso, estaba seguro de no tener la fuerza necesaria para sobrevivir al día en que ello ocurriera. Él había sobrevivido a muchos, de eso estaba seguro, pero el doctor era hombre de otro barro.

Cuando le pregunté si podría permanecer allí una noche más, me contestó:

—Desde luego, dos noches, tres, cuatro, las que usted quiera. Entonces le dije:

—Usted es un gran fumador, ¿verdad, doctor?

—Bien... sí... pero...

—Deseaba estar seguro de ello, doctor. Buenas noches, me voy a dormir.

—Buenas noches —contestó frotándose la barba y escrutándome con la extraña mirada de sus ojos durante todo el tiempo que tardé en fijar el mosquitero.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos en el pórtico, le pregunté:

—¿Qué dice usted, doctor? ¿Querría comprarme cuatro libras del tabaco que me trajo de su viaje?

—¿Qué, no le gusta? ¿Qué tiene de malo?, es de buena marca, de la mejor.

—Le explicaré, doctor, me gustaría que usted comprara las cuatro libras en veinticinco pesos.

—Claro que sí, si usted quiere disponer de él en esa forma y comprar con el dinero tabaco del país, por mí no hay inconveniente. Es más, dentro de unas cuantas semanas tendré gran necesidad de él. No pude traer mucho porque los derechos aduanales están horriblemente altos.

—No compraré de otra marca, doctor. No es eso, ¿comprende? Con una libra tengo bastante por ahora. Lo que necesito realmente es el dinero.

—¿Puedo saber, si no es indiscreción, para qué necesita usted el dinero?

—No se trata de ningún secreto. Es simplemente que quiero irme de aquí. He estado pensando toda la noche y he llegado a la conclusión de que el consejo que me da respecto a la cocinera bonita no me hará bien alguno. Es demasiado tarde. Ello habría sido remedio excelente hace

seis, quizá hasta hace tres meses. Pero ahora es inútil. Lo sé.

—Bien, ¿y qué ocurrirá con su rancho, con el dinero que invirtió en él y con todo el trabajo que le ha dedicado y que representa un valor todavía mayor que el dinero invertido? No querrá usted decir que intenta abandonarlo todo por nada.

—Sí, lo dejaré para que lo tome el primero que llegue o para que la selva se apropiarse de él, ya que en realidad le pertenece. Yo no lo quiero más, se lo devuelvo con mis mejores deseos. Puede conservarlo hasta el fin del mundo.

—Como usted diga, Gales. Usted sabe lo que hace. No intentaré persuadirlo de que se quede y haga un nuevo intento. Tiene usted suficiente edad para saber qué es lo que mejor le conviene. Bien, aquí tiene sus veinticinco pesos. Si se quiere ir en ferrocarril puede vender el caballo en la estación. Cualquiera se lo pagará a regular precio. Si pide setenta le darán cuarenta por él.

Noté un cambio en la expresión de su cara y le vi mover los labios como lo hacía siempre cuando pensaba profundamente.

Después, dio la vuelta, se dirigió al extremo del pórtico y clavó la mirada en la selva.

Al cabo de un rato tomó aliento y dijo:

—Ojalá, Gales, yo pudiera acompañarle. Ojalá yo pudiera dejar esto con la misma facilidad que usted. Yo no puedo; para mí sí que es demasiado tarde: estoy atado. ¡Maldita sea! Estoy enterrado aquí en carne, huesos, corazón y alma. ¡Lo que queda son cenizas; lo que usted ve no es más que ceniza y polvo! Lo único que vive es la mente y hasta de ello he llegado a dudar. Debo permanecer aquí, en donde mi alma y mis huesos descansan. No puedo dejarlos solos. ¿Ve usted? La cosa es que estoy enterrado aquí en más de una forma. Bien, pero lo que yo iba, lo que iba yo a...

Su mirada parecía perderse mirando más allá del mundo. Y como había pensado varias veces cuando empecé a tratarlo, él hacía mucho tiempo que estaba muerto aunque lo ignoraba y sólo debido a ello vagaba aún entre nosotros. El polvo y las cenizas se mantenían compactas por hábito solamente.

Se volvió a mí de pronto y me dijo:

—Le prestaré dos mulas para que lleve sus cosas a la estación, después puede dejárselas a los Stadler hasta que yo vaya a recogerlas. Bien, ¡si el Señor tuviera piedad y me dejara partir con usted, ser libre, ir a donde me placiera o a donde mi buena estrella me llevara! Pero como eso no es posible, sólo me resta desearle buena suerte. ¡Adiós! ❖

Capítulo 20

❖ EN LA estación, metí diez pesos por el agujero hecho en la madera a manera de ventanilla y pregunté:

—¿A dónde va el próximo tren, hacia el oeste o hacia el este?

—Hacia el oeste —contestó el jefe de estación.

—Deme un boleto de a diez pesos.

—¿A qué punto?

—Hacia el oeste, adonde quiera que cueste diez pesos, el nombre de la estación no me importa.

El jefe de estación miró sus tarifas.

—Aquí hay un boleto que cuesta nueve noventa y cinco y para la estación siguiente diez cuarenta. ¿Cuál le doy?

—Deme el de nueve noventa y cinco. Ése me resultará bueno.

—Aquí tiene, cinco vueltos... ¡eh!, corra que ya sale el tren.

Ni siquiera leí el nombre de la estación impreso en el boleto, cualquiera para mí era igual. Si pretendes encontrar una mina de oro, derrumba tu casa hasta los cimientos y escarba. Ese sitio estará tan cerca de tu fortuna como cualquier otro si eres el tipo destinado a conseguir lo que pretendes.

A bordo del tren el conductor se aproximó a mí, tomó el boleto, vio el nombre de la estación, lo cruzó con un lápiz azul, se lo guardó en la bolsa y me dio en cambio un talón sobre el que, con el mismo lápiz, escribió un jeroglífico. Cuando vio que yo manejaba el talón sin saber qué hacer con él, lo tomó de mis manos con aire protector y lo puso en la cinta de mi descolorido sombrero diciendo:

—Éste es su sombrero, ¿verdad?

Yo asentí con un gesto y él agregó:

—Le avisaré cuando deba descender del tren, no se preocupe, puede dormir tranquilo. —Después sonrió, movió la cabeza paternalmente como si tratara con un muchachito que viajara solo por primera vez y se alejó de mí.

El carro estaba pobremente iluminado y a querer o no había que dormir, pues no quedaba otra cosa que hacer.

Después de dormir algo así como setenta horas, alguien me sacudió por el hombro y escuché una voz que me dijo:

—La próxima estación es la suya, tiene cinco minutos, pero más vale que se vaya levantando porque generalmente no nos detenemos en esa estación y cuando hay alguien que tiene que bajarse allí, el maquinista sólo disminuye la velocidad. Desde que yo guardo memoria, es decir, desde que hago el servicio en esta línea, no recuerdo que nadie haya bajado o subido en este lugar. Dese prisa, señor y tenga cuidado de no caer bajo las ruedas. Le tiraré las maletas por la ventana. ¡Buenas noches!

—¿Qué hora es, conductor?

—Las doce, medianoche, ¿sabe? Y es una noche clara y hermosa, todas las estrellas brillan como diamantes. Bueno, ya llegó, ¡buenas noches!

El tren disminuyó la velocidad. Mi equipaje ya se encontraba fuera. Salté a la oscuridad.

Antes de darme cuenta exacta de lo ocurrido, el último carro había pasado cerca de mí y unos segundos después

sólo veía brillar a lo lejos la calavera roja.

Mirando en rededor desde donde estaba parado no pude descubrir ni un edificio, ni una casa, ni una choza, ni un cobertizo. Nada, absolutamente nada. Nada más un poste al que se hallaba clavada una tabla medio destruida.

Me aproximé, encendí un cerillo y distinguí huellas de lo que hacía mucho, mucho tiempo debió haber sido un letrero.

Cerca y lejos no distinguía más luz que la de las estrellas.

Recogí mis petacas y me senté sobre una de ellas.

A menos de cincuenta pies de distancia de la vía y por ambos lados, se extendían los muros de la selva formados por una maleza densa, seca, cuyo verde gris aparecía negro en la noche, en la aterciopelada oscuridad, como si avanzaran lenta pero seguramente hacia donde yo estaba sentado, haciéndome sentir la lúgubre amenaza de apresarme en sus garras y llenar mi corazón con la sensación espantosa de que una vez en su poder me devoraría, acabaría con mi alma, mi mente, mi corazón y no dejaría ni siquiera mis pobres huesos como testigos capaces de hacer sospechar a algún ser humano que acertara a cruzar por allí, lo que había ocurrido aquella noche. Pero nadie pasaría jamás por allí, ni de día, ni de noche. Sólo el tren cruzaría llevando a bordo un pasaje temeroso de que la máquina se descompusiera y se vieran obligados a detenerse en aquel sitio.

El aire estaba lleno de chirridos, de murmullos, de notas bajas y agudas, y era cruzado de vez en cuando por chispazos que cortaban violentamente las tinieblas del mundo.

La selva cantaba, en su eterna canción, historias que comienzan en la última nota de la anterior. ❖

Visita a medianoche

❖ CIERTA noche, se oyeron golpes fuertes en la delgada madera de la cabaña maltratada por la intemperie en que vivía. Yo no tenía reloj, pero por la posición de la luna, deduje que era cerca de la medianoche, Esto sucedió en una aldea poblada por campesinos indios, que era conocida en toda la región como un nido de bandoleros.

Eran tiempos revolucionarios; veintenas de pequeños grupos semimilitares, que habían perdido el contacto con sus regimientos y cuyas pequeñas propiedades fueron devastadas, tenían que mantenerse vivos con sus familias como pudieran.

El hecho es —y yo debo saberlo— que uno puede vivir a salvo en el campo de la república, en medio de los llamados bandidos, si no es indio ni mestizo y no le importa lo que está haciendo la gente o de qué vive. Además, aprendí por experiencia que uno puede vivir pacífica y felizmente en tal vecindad, si todo habitante del lugar sabe que uno tiene solamente un par de zapatos con agujeros, unas cuantas camisas raídas y un par de pantalones que ya no sirven siquiera para remendar otros pantalones. Además de esto, uno puede sentirse seguro si sólo se posee unos cuantos pesos, algunos libros y una máquina estenográfica dilapidada, sin teclado de tipo español y aparentemente a punto de hacerse pedazos en cualquier momento.

La gente de dicha aldea, bandoleros o no (¡qué me importaba!), no me dejarían morir de hambre. Después de que por causa del gorgojo perdí mi hermoso algodón y de que los productos de mis nueve largos meses de trabajo se

esfumaron por tal motivo, me quedé mirando fijamente al mundo... desanimado y completamente desalentado. Sin embargo, aún no terminaba de preguntarme: «¿Qué comeré, qué beberé, a quién acudiré ahora?», cuando aparecieron dos hombres de la aldea ante mi choza, me dijeron que deseaban aprender inglés y me preguntaron cuánto les cobraría. Les contesté que veinte centavos por cada uno, por lección. Me pagaron diez horas adelantadas y así pude comprar maíz para sembrar en mi campo de algodón arruinado. Era el tiempo preciso de sembrar maíz, porque la temporada de lluvias empezaría en menos de cuatro semanas.

Por recomendación de aquellos discípulos conseguí cinco más en dos semanas pues por alguna razón no conocida por mí entonces, varios aldeanos habían decidido estudiar inglés. Todos me visitaban regularmente y pagaban puntualmente por sus lecciones. Así que todos estábamos satisfechos. En tales condiciones, no tenía razón para preocuparme de si eran bandoleros o no. Me dejaban vivir sin molestarme y yo los dejaba en paz. No hay mejor modo de vivir en esta tierra.

Ahora, si en alguna parte de la provincia de la república, alguien llama a la puerta de uno cerca de la medianoche, la experiencia, la reflexión, el buen gusto y los buenos modales demandan que uno permanezca en silencio, que no conteste y contenga el aliento tanto como le sea posible, porque bien puede suceder que al abrir la puerta para ver quién llama (deseando que sea el mensajero del telégrafo trayéndole un giro telegráfico por cien dólares), uno reciba dos tiros o una docena, disparados contra uno, quien se retira ileso o cae lleno de plomo, para que después algunos hombres irrumpen y no en una forma amistosa.

Algunas personas aseguran que la valentía es una gran virtud en el campo de batalla, pero en ciertos lugares de la

república y en determinadas ocasiones, el valor es comúnmente una señal de estupidez innata e incurable. No se espera allí que nadie sea un juglar y que detenga con los dientes balas de revólver. Para ver hacer eso, uno va al circo.

Como han pasado muchos años desde que viajé con un circo, he perdido la habilidad para atrapar balas con las manos abiertas (o con los dientes cerrados), así que cuando oí llamar a mi puerta me mantuve tan silencioso como un arcón lleno de monedas enterrado. No recuerdo si empecé a temblar o me cubrió un sudor frío, pero no creo que haya sucedido así. Si las cosas han llegado tan lejos como para escuchar en la noche que golpean violentamente la puerta de uno y que los golpes se hacen más severos a cada segundo, no tiene objeto sudar de miedo. Cualquier cosa que vaya a suceder, lo que sea, ya se ha decidido, y sin consultarlo a uno, así que es mejor ahorrarse el sudor frío.

Después de oír varios golpes más en mi puerta, escuché unos murmullos. Había allí tres hombres por lo menos, a juzgar por las distintas tonalidades de voces que podía percibir. Las voces tenían un matiz fuerte e inmisericorde, de hombres que sabían precisamente por qué habían ido y que querían.

Después oí que los hombres se acercaban a la puerta y pude captar sus pasos pesados en el piso arenoso. Por los sonidos que producían sus pisadas deduje que dos de ellos llevaban botines y uno huaraches. Comprendí que mi vida se prolongaba por el número de pasos que necesitaba avanzar para llegar a la puerta.

Pensé en escapar. La cabaña que consistía en una habitación tenía, como la mayoría de las casas de esa parte de la república, dos puertas: una a cada lado. Pero yo atrancaba ambas con vigas. No podría retirarlas sin hacer

ruido, y al más leve que hiciera los hombres estarían inmediatamente atrás de la puerta por la que quisiera huir.

A pesar de haber despertado recientemente de un sueño profundo, traté de pensar en alguna solución que me salvara. Sin embargo, en aquellos precisos momentos no tenía tiempo de pensar con claridad en ningún remedio. Después de todo, primero debía ver qué aspecto tenían esos hombres para poder elegir el recurso adecuado.

No tenía pistola. De cualquier modo, ésta no me habría ayudado en la situación en que estaba. Podía tener suerte y matar a los tres hombres; pero sería mucho más difícil salir de la aldea en que uno ha matado a tres ciudadanos, y particularmente escapar ileso cuando el lugar es un escondite de bandoleros. En realidad, estaba mejor sin pistola. Lo que es más: el no tenerla la eliminaba mi supuesta obligación de ser valiente. Siempre y en todas partes, la valentía es mal recompensada. Son siempre, y por siempre, los cobardes quienes sobreviven a las guerras. Los que realmente son valerosos caen en los campos de batalla, para gloria de los que desfilan bajo lluvias de confeti y papelillos.

Los hombres habían llegado a la puerta. La cabaña se encontraba construida sobre pilotes debido a las copiosas lluvias tropicales anuales, y varios escalones conducían a la puerta.

Oí subir a los tipos, y como los escalones eran angostos, solamente uno de ellos podía estar junto a la puerta. Los otros tenían que permanecer en escalones más bajos.

El que estaba junto a la puerta la golpeó duramente con lo que parecía ser la contera de una pistola o de una escopeta.

Como yo no respondiera a los golpes, gritó:

—¡Eh, hombre, abre, levántate, que tenemos que hablar contigo!

Eso demostró que sabían perfectamente que me encontraba en casa, de otro modo, no habría gritado.

Continuaron golpeando y llamando con terquedad. Pero yo no moví un labio, es decir, no lo hice voluntariamente, pues mis labios temblaban de modo inevitable. ¿Los de quién no temblarían?

Ahora hablaban nuevamente entre sí. Bajaron la escalera y caminaron sobre la arena, que crujió en respuesta. Pensé que al fin se habían convencido de que no estaba en casa. Fue mi error. Uno se equivoca en sus cálculos principalmente cuando se quiere creer en algo benéfico para uno mismo.

Discutieron por medio minuto, aproximadamente, como si no supieran qué hacer y se detuvieron exactamente en aquella parte de la pared contra la que se encontraba colocado el jergón en que dormía. Golpearon esa pared fuertemente y continuaron gritando:

—¡Abre, señor, abre!:

Entonces comprendí que entre ellos debía estar alguien que conocía muy bien mi cabaña; de otro modo, no habría sabido dónde dormía. Estaba acorralado y debía admitirlo.

Me levanté y me preparé a ver cara a cara a la muerte fría, sin pestañear. No sería una muerte gloriosa; nadie se daría cuenta de mi desprecio hacia la muerte y de la risa fría con que la aceptaba y hasta le daba la bienvenida, porque no se hallaba presente ningún periodista que dijera a la posteridad cuán noble y valientemente me había comportado durante la última hora de mi vida. A los bandoleros no les importaba mucho si uno tiembla y se estremece de temor helado o no. Tampoco importa mucho al verdugo. Es su negocio, su oficio simple y sobrio, sin ninguna elegancia, como algunas otras actividades.

Aunque esperaban que saltara de la cama rápidamente, no me moví. Cada minuto que ganaba era arrancado del

viejo hombre de la muerte. Así que respondí soñolientamente:

—¡Eh!, ¿qué sucede allí afuera? Malditos arrieros apestosos ¿no puede dormir una sola noche un hombre honrado en esta aldea de putas, ladrones y violadores de mujeres, olvidada de Dios? ¿Qué clase de manada piojosa de cabrones borrachos anda allí afuera, por mi puerta? No tengo aquí en mi casa ni una maldita gota de tequila. Al diablo con ustedes, perros sucios, agusanados ¡Oigan! ¡Quiero dormir!

Hablé cada vez con más fuerza, tratando de ponerme tan colérica y bestialmente furioso como pudiera, pues si aquéllas tenían que ser mis últimas palabras en la tierra, quería que fueran agregadas a mi última oración, para que la eternidad fuera menos tediosa.

De cualquier modo, para entonces, era obvio que aquellos tipos querían intensamente levantarme. Pero no podía adivinar siquiera por qué razón.

Cuando me oyeron contestar, su tono áspero cambió inmediatamente por otro más suave. Quizá hasta entonces pensaron que no estaba en casa y que tendrían que retirarse sin haber tenido éxito.

Uno de ellos habló:

—Por favor, salga nada más por un momento. Tenemos que hablarle muy urgentemente. Es una cosa seria.

Había un tono de súplica en su voz. Era casi lastimero.

Los indios y los mestizos no tienen concepto del tiempo. Cuando tienen apesadumbrado el corazón, acuden a uno a cualquier hora del día o de la noche. En ese caso particular podía ser, por supuesto, una trampa para atraerme a la puerta para realizar más fácilmente cualquier cosa que hubieran pensado hacer. Pero no importaba qué me aguardara, finalmente tuve que abrir la puerta. De cualquier modo habrían entrado, si ésas eran sus intenciones.

—¡Hola señores! —dije soñolientamente, apoyándome en la puerta abierta—. Bienvenidos, amigos. ¿Qué puedo hacer por ustedes en esta noche tan romántica?

Mientras tanto, había salido la luna. Pude verlos muy claramente, aunque no reconocí ninguna de sus caras, sombreadas por grandes sombreros de palma. Eran tipos robustos, sin saco, vestidos únicamente con calzón planco y camisa blanca de algodón, muy limpia y abierta por el cuello. Hasta donde pude ver en la semioscuridad de la noche, uno llevaba polainas de cuero y botines amarillos, con tacones altos, que estaban gastados completamente. El otro calzaba botas de cuero café, que se hallaban rotas en muchos lugares. El tercero llevaba huaraches, como supuse anteriormente al oír su paso ligero. Cada uno de los dos hombre con botines llevaba un rifle de los que usa el ejército, el cual tenían preparado para disparar. Uno de esos dos tenía, además, un revólver metido en una funda maltratada. Ambos cinturones adornados con una hilera llena de cartuchos. El hombre que calzaba huaraches únicamente portaba un machete ordinario.

Era ese hombre del machete quien parecía conocerme. Pensé que lo había visto varias veces en la aldea. Los otros dos eran completamente desconocidos para mí.

El instinto me indicó que el hombre del machete tenía intenciones pacíficas hacia mí y que los otros dos no venían tras de mi riqueza ni tras de mi vida, sino, por el contrario, necesitaban ayuda. El que portaba el machete preguntó:

—¿Quiere ser tan amable, señor, de venir a nuestra casa? Mi sobrino está tendido allí, enfermo. No sé qué le duele, lo trajeron muy enfermo. No despierta. No se recupera. Tal vez usted pueda ayudarlo. Estamos seguros que puede. Sabemos que usted es un hombre muy sabio, que es un gran doctor.

—¿Qué le sucede? —pregunté.

—Eso es precisamente lo que no sabemos Y por eso le pedimos que por favor venga y vea qué le sucede.

El médico más próximo vivía a sesenta kilómetros, aproximadamente. El viaje de ida y vuelta, en caballo, les tomaría por lo menos tres días y les cobraría no menos de cien pesos, suma que tenía que ser puesta sobre la mesa, antes que ensillar siquiera el caballo, ¿Quién de aquellos aldeanos —para quienes cien pesos eran una fortuna— podría pagar esa suma? Ningún doctor acude sin pago previo. Los médicos son, ante todo, hombres de negocio, no hay duda de eso; en este mundo en que viven, tienen que serlo. Nadie les dará crédito por su renta, y si no pagan su cuenta, el panadero o el tendero, médico o no médico, no les prestará al mes siguiente ni medio kilo de patatas. El que no puede pagar no tiene derecho a vivir; debe morir o tratar de vivir sin doctor. Por esta razón la mayoría de los habitantes de la república viven más de noventa años, a menos que alguien los mate a balazos.

Sólo tenía en mi posesión una vieja caja de cartón, en la que estuvieron empacados en un tiempo unos zapatos y la cual ahora me servía para guardar mis medicinas. Contenía algunos medicamentos —si se les puede llamar así a unas pocas aspirinas. Pero, además de eso, había en ella implementos de costura, botones de pantalón, una cinta rota de máquina estenográfica, unas cuantas hojas de afeitar usadas, un tubo vacío de pasta dentífrica, un anzuelo grande y dos pequeños, cinco recortes de periódicos, un cortaplumas con una hoja rota y la otra, muy pequeña, enmohecida, pero en buena forma; cordones de distintos gruesos, cuatro tornillos diferentes, unos pocos clavos, un pedazo de lápiz, una pluma fuente que goteaba, el diente de un burro, los cascabeles de un crótalo y algunas otras pocas cosas que ya no recuerdo.

Durante mi juventud llevaba todos mis bienes terrenales en los bolsillos de mis pantalones y de mi saco —cuando lo tenía— porque debía estar preparado para viajar a cualquier hora, no importaba dónde estuviera, principalmente por causa de los inmisericordes policías que perseguían la vagancia. Desde entonces, luego de convertirme en una persona acaudalada, llevaba mis riquezas terrenales en aquella caja maltratada de cartón. Eso hace que uno se sienta independiente.

Aun cuando aquellos buenos hombres no lo hubieran pedido, aunque no hubiesen solicitado con interés mis conocimientos médicos, de cualquier modo habría llevado conmigo mi caja de medicinas, en forma completamente instintiva, producto de prolongada y con frecuencia muy amarga experiencia; porque había sucedido que, cuando soñaba en abandonar mi residencia por una sola hora, al recuperar el conocimiento completamente, descubría que había descendido en un continente distinto. Con tales experiencias uno aprende a ser cuidadoso, así que llevaba abotonados constantemente dentro del bolsillo posterior de mis pantalones, un cepillo de dientes, un equipo de afeitar y una brújula pequeña. ¿Cómo sabía dónde podría aterrizar si volaba con aquellas tres aves nocturnas?

—¿Ésa es su caja de doctor? —preguntó uno de ellos.

—Sí señor, es mi caja de medicinas —confirmé y los hombres murmuraron algo en tono de satisfacción.

—Entonces vámonos —dijo otro.

Eché el cerrojo a mi puerta y partimos.

No tenía la idea más leve del lugar a donde nos encaminábamos. No se dijo nada respecto a eso. Después de todo, era inútil que hiciera esa pregunta porque no podía decidir si marchábamos hacia Honduras o hacia algún lugar de Sinaloa. Esto era determinado, me gustara o no, por los que llevaban las armas. El que lleva las armas tiene siempre

derecho a dar órdenes, en tanto que el desarmado tiene siempre el maldito deber de obedecer. Y ésa ha sido la ley desde aquel día memorable en que el arcángel Gabriel echó con su espada flameante en la mano a dos personas desnudas del huerto del Señor. Si ellos hubieran tenido una ametralladora, todo habría resultado en forma completamente diferente, y dando órdenes o recibíéndolas habrían seguido un camino distinto. Fue por esa diferencia —que cualquiera puede entender— que acompañe a través de la noche a aquellos tres hombres, sin preguntar una palabra respecto a dónde íbamos y por qué razón.

No atravesamos por el centro de la aldea, sino que caminamos por la periferia. Los perros ladraban furiosamente por todos lados. Y aquellos que no nos veían, ladraban hasta enronquecer, como para no dar la impresión de que no nos habían visto y dejaban a otros canes el placer de ladrar. Había un ruido infernal en toda la aldea. La mayoría de los gallos despertaron con aquellos ladridos y empezaron a cantar vigorosamente, y luego se añadieron los rebuznos tristes de los burros. Ni una sola alma viviente salió de su cabaña a ver qué sucedía. Una vez que los perros de la aldea comienzan a ladrar, continúa el ruido durante la mitad de la noche, ya sea que esté pasando furtivamente un grupo de bandidos o sólo se trate de una mula que vaga soñolienta por el camino, o de un gato persiguiendo a otro, o de nada.

Dejamos detrás la aldea y marchamos durante un tiempo bastante largo entre malezas; después seguimos por un bosque y llegamos finalmente a una casa de madera, en cuyo frente había un jardín cercado y bien cuidado, y a cuyos lados tenía pequeñas hortalizas que pude distinguir claramente a la luz de la luna. La casa no estaba decrepita ni cubierta con trapos y esteras de paja, como la mayoría de la aldea. Desde afuera causaba buena impresión. En el

pórtico se veían innumerables plantas y flores sembradas en tiestos llamados macetas.

La buena impresión que recibí del exterior fue incrementada cuando entré a la sala. Ni en esa aldea ni en toda la región, había yo visto una casa tan limpia y tan bien amueblada. La sala de una casa de granja de Texas o Arizona, Coahuila o Sonora no me habría parecido más agradable que ésta. No sabía ni hubiera creído que en esa vecindad viviera una familia capaz de mantener una casa con tanto orden y en tan agradable condición.

Las camas eran de hierro esmaltado de blanco. Tenían sillas de verdad y hasta algunas mecedoras. Grandes cuadros enmarcados adornaban la pared. Lohengrin con su Elisa, sentados en la cama; Otelo diciendo discursos respecto a sus aventuras en tierras extrañas. La marcha del héroe Hidalgo, al salir del pueblo de Dolores rodeado de campesinos indios que enarbolaban machetes. La Virgen de Guadalupe y un grupo de fotografías pequeñas y amplificadas de tíos y tías, abuelos, niños con velas de comunión, todos miembros de una gran familia, obviamente. No podía pensarse en una familia más respetable y honorable, que la que vivía en aquella casa. Las personas que cuidaban de ella con tanto orden y limpieza, no podían ser más que ciudadanos que fortalecían y preservaban los pilares del Estado y, al mismo tiempo, las columnas de la única Iglesia que le garantiza a uno un asiento en el cielo.

Pero una vida llena de experiencias le enseña a uno a no tomar nada por su valor aparente. Hay en la república plantas hermosas, que lo atraen a uno a mirarlas más de cerca, pero si solamente las toca uno o las roza con el brazo desnudo, sufre una erupción que toma meses en sanar, si es que sana.

A pesar de encontrarme en ese momento en aquella casa de aspecto respetable, no olvidé por un minuto que tres hombres me habían llevado a ese lugar y que esos tres hombres se hallaban armados. Tampoco permití que mi cara expresara admiración por la casa y por el hecho de que el aspecto de los hombres contrastara notablemente con ella. Acepté todo como si no pudiera ser en otra forma. Miré con gran interés las pinturas que colgaban de las paredes, y como para hacer que aquellas personas pensaran que las admiraba, comenté:

—Muy buenas pinturas, hechas por grandes artistas.

Pero mientras decía esto, miré furtivamente todo lo que había a la vista. Las ventanas se encontraban atrancadas y cubiertas. Ningún rayo de luz podía escapar al exterior. Tenía pocas esperanzas de huir por esas ventanas, si llegaba a ser necesario. Dos puertas conducían a otras dos habitaciones. Los dos hombres armados con rifles se sentaron cerca de la puerta de entrada, en tal forma que nadie pudiera entrar o salir, sin ser escudriñado. Pusieron sus rifles sobre sus rodillas y enrollaron sendos cigarrillos.

—Siéntese por favor, señor —dijo uno de ellos y me señaló una silla desocupada.

Me senté y miré nuevamente en torno mío. El piso estaba cubierto con gruesas esteras de petate, frescas y amarillas. Donde se mostraba el piso, pude ver que estaba cepillado y limpio, como ropa lavada. En el rincón más lejano, en una especie de nicho, había una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro, con una pequeña vela encendida frente a ella. En torno al cuadro había rosarios e imágenes baratas de aproximadamente una docena de santos. En una mesa, cubierta con un lienzo multicolor de algodón, se hallaba encendida una lámpara de petróleo. Por lo menos habían transcurrido catorce meses sin que yo viera una lámpara como ésa. Ninguna persona de la aldea tenía una —ni yo

tampoco. Fue esa lámpara de petróleo la que me causó la primera impresión, al entrar, de que aquélla era la casa de gente honrada, con medios de fortuna. También estaba sobre la mesa un tazón de cristal, de los que uno puede ganar por diez centavos en las ferias, lanzando pelotas a objetos hasta derribarlos.

Cuando entramos a la casa, el tipo que llevaba el machete entró a otro cuarto inmediatamente, cerrando la puerta tras de sí. Como las paredes eran de madera un tanto delgada, oí que de aquella habitación emanaban, a veces, unas voces en tono bajo.

Después de un tiempo, el hombre regresó con un vaso y una botella.

—Primero vamos a tomar una —dijo y llenó el vaso.

—¡Salud! —exclamé y bebí.

El licor me hizo sentir calor y pensé que donde se ofrece un tequila tan bueno, ciertamente no estarían proyectando un asesinato: nadie desperdicia tan buen añejo en alguien de quien quiere deshacerse.

Los dos hombres de la puerta principal permanecieron donde se encontraban sentados. Tuve la impresión repentina de que aquellos dos hombres no estaban vigilándome para evitar mi fuga, sino, más bien, permanecían sentados cerca de la puerta, armados, para proteger a la gente de la casa contra cualquier peligro posible, proveniente del exterior. Me convencí todavía más de eso, cuando los dos hablaron entre ellos en voz baja y uno de ellos salió a sentarse afuera, en el quicio, mientras el otro tomaba en el interior una posición tal, que no sería visto inmediatamente por alguien que entrara, pero podría cubrir al intruso con su rifle.

El vaso fue llenado nuevamente. Se me ofreció y acepté otro trago, pero nadie más volvió a tomar uno más. El hombre dijo, cerrando la botella:

—Ahora, vamos a hablar de negocios.

Se levantó y me hizo un ademán para que lo siguiera.

Entramos al otro cuarto, al que iluminaba débilmente una lámpara muy pequeña. El hombre regresó al cuarto principal, tomó la lámpara de petróleo y la llevó a la otra habitación. Entonces pude ver más claramente. Dos mujeres se encontraban sentadas en mecedoras, con sus rebozos enredados en torno a sus cabezas y a sus cuellos. Ambas eran indias, se hallaban vestidas limpiamente y no eran diferentes, en sus palabras y su actitud, a ninguna esposa del dueño de algún rancho. Una de ellas era joven comparativamente, de treinta años aproximadamente y, como supe después, era esposa del hombre del machete. La otra era más vieja y podía haber sido madre del hombre o de la mujer. La habitación, obviamente, era la alcoba de la pareja. Varias personas parecían vivir en la casa, a juzgar por la dos camas que había en el otro cuarto.

Ambas mujeres se levantaron y me saludaron cortésmente. Me dieron la mano con una presión leve y volvieron a sentarse. Un hombre joven yacía sobre un petate, cubierto hasta la barba con una frazada de algodón. Su cara se veía pálida, pero llena y deduje que no debía tener mucho tiempo de estar enfermo, sino, tal vez, fue herido gravemente. No se movía y parecía como muerto o cerca de morir.

—Éste es el muchacho que le dije —indicó el hombre, mientras ponía la lámpara de petróleo en una silla cercana.

—Estoy segura de que usted puede ayudar al muchacho —afirmó la mujer joven—. Es mi sobrino y no queremos que se muera. Desde que nuestro hijo perdió la vida en un tiroteo estúpido, éste ha sido como un hijo para nosotros. Le agradeceríamos mucho, realmente, si hiciera algo para que no se muera. Es el último joven de la familia que queda. Todos los otros han sido matados a balazos o a puñaladas

en las elecciones, aunque ninguno de ellos quería un puesto. Solamente se han metido por otros.

La mujer no lloraba, pero hablaba con una emoción enternecedora, mientras la más vieja suspiraba una y otra vez.

Las peleas de las elecciones tenían lugar en la ciudad del distrito y los hombres y mujeres, jóvenes o viejos, iban a divertirse con los tiroteos y los gritos de «Viva» o «Muera». No todos los que iban regresaban; dos o tres comúnmente, a veces una docena, quedaban en el campo de batalla.

No había habido elecciones por algún tiempo, así que no podía haber sido una lucha electoral donde ese joven resultó herido.

Me arrodillé para examinarlo. Tenía los ojos cerrados, Al levantarle los párpados, observé que sus ojos estaban soñolientos, pero no velados y que reaccionaban a la luz. Su pulso era regular, pero muy débil. Su respiración era leve, pero suficiente.

—¿Qué le sucede? —pregunté.

—Eso es lo que no sabemos —contestó la mujer—. Lo trajeron desmayado a la casa y no ha despertado desde entonces. ¿Cree usted que morirá, señor?

—Lo siento, no puedo decirlo en este momento. ¿No ha dicho nada de lo que le sucedió? —inquirí.

Nadie contestó y levanté la mirada, para ver por qué no había respuesta.

Noté que el hombre lanzaba una mirada rápida a su esposa; ponía levemente un dedo sobre sus labios y movía la cabeza.

Aparté los ojos inmediatamente, fingiendo no haber visto nada y los bajé al muchacho. Les di tiempo suficiente para que terminaran de hablar en su lenguaje secreto. Después pregunté:

—¿Ha comido algo que pueda haberle hecho mal?

—No lo creo —respondió el hombre. Me senté una silla, con los codos sobre las rodillas y la cara hundida en las manos, como perdido en pensamientos profundos, en la forma exacta en que lo hacen los doctores realmente grandes. En otras palabras, no sabía nada hasta que el enfermo me dijera dónde le dolía y qué le había sucedido. Después de todo, yo no era veterinario.

Entonces dije, igual que dicen los médicos:

—Éste es un caso muy raro, pero haré lo mejor que pueda y estoy seguro de que podremos salvarlo.

En ese mismo instante entraron los dos hombres armados para ver qué estaba haciendo.

—¿Dónde está mi caja de medicinas? —pregunté.

Uno de los dos pasó inmediatamente al cuarto principal y regresó rápidamente con mi caja de cartón. No sabía en ese momento qué iba a hacer con ella. Sin embargo, me sentía seguro de que una buena idea surgiría en mi mente. Tenía que hacer algo, por todos conceptos, pues había sido llevado a ese lugar como doctor y se esperaba que actuara y me comportara como tal. Así que no tenía otra alternativa, que la de complacer a aquellas personas. No turbaba mi mente ninguna duda respecto a lo que me sucedería si fracasaba como médico.

Para entonces era obvio que los dos hombres con los rifles en la mano se encontraban en el cuarto sin otra razón que la de observar mi actuación. El hecho de que no abandonaran sus rifles me convenció de que, en cualquier minuto, los apuntarían a mí y ordenarían: «Maldito gringo, salva a ese muchacho inmediatamente, y si no se levanta en diez minutos, quedarás junto a él, más muerto que un guardacantón». Tales cosas suceden realmente en la república a los médicos, y como yo fui llevado a esa casa a trabajar como doctor, no había razón para que hicieran una excepción conmigo.

Un doctor competente que ha estudiado medicina, puedes algunas veces —si tiene suerte— prolongar por algún tiempo la agonía de un ser humano. Y si muere finalmente, todavía puede excusarse, diciendo que nada puede hacerse contra la voluntad de Dios. Así hacen que la gente crea con tanta frecuencia y sin replicar esas explicaciones corrientes, que tal vez también me creerían a mí. Después de todo, aquellas buenas gentes son cristianos, buenos cristianos, con muchos rosarios y están bien abastecidos con toda clase de imágenes de santos, como podía ver en torno mío.

Empecé a trabajar.

—¿Tienen Cafión en la casa? —pregunté a la mujer, con una expresión en la cara, tan seria como la de un sacerdote al bendecir y aplicar los santos óleos a un cadáver.

—Sí, tenemos un tubo lleno.

—Tres tabletas en un vaso de agua.

Disolví las tabletas en el agua y di a beber la mezcla al muchacho. La tomó perfectamente, sin que entrara la menor parte de ella a su tráquea.

Me senté silenciosamente, fumé un cigarrillo y pedí otro trago de tequila.

Después que pasaron diez minutos, aproximadamente, examiné de nuevo al muchacho y descubrí que la medicina produjo un efecto excelente. Su corazón latía ya con más fuerza. Aunque las tabletas pudieron haber estimulado el corazón con tanta violencia que podía haber dejado de latir, tuve suerte, la cual, incidentalmente, todo médico necesita, si quiere triunfar.

Por supuesto, yo sabía que un médico genuino habría hecho en forma completamente diferente todo lo que hice yo. Por esa razón tenía licencia y una sociedad con un establecimiento de inhumaciones. Sin embargo, tenía que conformarme con los conocimientos y las medicinas que

tenía a mi disposición. No podía aplicarle una inyección de alcanfor o de adrenalina al corazón, porque no tenía instrumentos ni alcanfor.

Para entonces, el corazón estaba latiendo con fuerza y satisfactoriamente, pero el muchacho se negaba severamente a despertar. No pude encontrar nada en su cabeza. Le apliqué palmadas en las mejillas, en las palmas y en las muñecas, sin resultado.

Entonces desaté mi caja de medicina. Por supuesto, todos los presentes vieron su contenido. Sin embargo, no pude saber si se sorprendieron al ver las diferentes clases de medicina que llevaba en mi caja, porque nadie emitió un solo sonido de sorpresa. Deben haber pensado que los anzuelos vistos en la caja servían para sacar algo del estómago de alguien que hubiera tragado descuidadamente un escorpión que hubiese caído a la gran olla de barro, del que la gente tomaba agua para beber. El cortaplumas roto y enmohecido, en opinión de ellos, debía servir para amputar pies o brazos o para extirpar apéndices. En todo caso, el respeto hacia mí y su confianza en mis habilidades médicas no parecieron disminuir; por el contrario, como pude ver y sentir, aumentaron inmensamente.

Tomé un tubo de mentolato semivacío y unté una gruesa capa del unguento en la nariz del tipo, para ayudarlo a respirar con más facilidad. Después pregunté si tenían amoniaco en casa. Tenían una botellita de ese líquido y después de que le administré unas pocas dosis fuertes, estornudó y despertó. Entonces lo abaniqué vigorosamente y pronto empezó a respirar profundo casi con normalidad. Pero cuando recobró el conocimiento comenzó a suspirar profundamente, como desde el fondo de su ser.

Ahora sabía lo que le había sucedido y no me habían dicho. Si hablaba francamente, ahora que lo sabía, entonces era seguro que me ocurriera lo que había esperado desde

que esos hombres llamaron a mi puerta. El conocimiento obtenido en una forma desviada me hacía un testigo muy indeseable. Y eso, casi seguramente, podía ser una razón suficiente para que los hombres me liquidaran.

Mire a la tía del muchacho. Le escurrían lágrimas por las mejillas y comprendí que habló sinceramente al explicarme sus sentimientos hacia el muchacho, considerándolo como su hijo. Quizá el enfermo se recuperaría sin mi ayuda y, sin embargo, eso no sucedería antes de dos días. Y mientras tanto llegarían los soldados y el que no pudiera ponerse a salvo, sería liquidado al salir. Sería fusilado, sin duda.

Miré nuevamente a la mujer, quien me interrogó con la mirada. No quiero decir que obré por un exceso de filantropía. Eso sería incorrecto. Además, no quiero parecer mejor y más noble de lo que soy realmente. A decir verdad, soy muy semejante a cualquier otro hombre, dotado de maldad y bajeza, pero también con una disposición seria para ayudar a mis prójimos en dificultades. En ese caso, decidí, por pura curiosidad, descubrir que me sucedería si hacía lo que consideraba la cosa más peligrosa y estúpida.

Miré firmemente al hombre del machete y dije con voz fuerte y cortante:

—¿Dónde está ese maldito agujero? ¿Cómo puedo curarlo, si no me dicen donde está la herida?

Todos los presentes, incluyendo a la vieja, se asombraron, emitieron exclamaciones breves, palidieron y se miraron unos a otros con miedo en la mirada, hasta que todos enfocaron sus ojos en mí. El tío recuperó primero la compostura y dijo a los otros hombres, con un tono como si estuviera a punto de revelar todo:

—Les dije antes, pero no quisieron creerme. No podemos engañar a este gringo cabrón. Con un diablo, es un buen doctor.

Ya no esperé más. Levanté resueltamente la frazada, miré el pecho y el estómago del muchacho y noté en el petate una gran mancha de sangre. Al examinar más detenidamente al pobre joven, descubrí dos heridas de bala, una en su pierna y la otra en su pantorrilla izquierda. La segunda no era grave. La bala solamente la había rozado. En contraste, la herida de la pierna era muy profunda. El proyectil había salido, sin duda, pues noté dos orificios, uno que la bala hizo al entrar, y otro que hizo al salir. A juzgar por el tamaño de los agujeros, las balas debieron ser de calibre cuarenta y cinco, disparadas por una automática de las que únicamente se permite usar en el ejército. El hueso no estaba dañado, pero la bala había roto varias venas, y ésa era la razón de la gran pérdida de sangre y también la causa de la condición débil del muchacho. Toda la pierna estaba cubierta de sangre pegajosa y ya empezaba a formarse una costra delgada en torno a las heridas. Habían usado trapos muy sucios para vendarlo apresuradamente. El único peligro para el joven consistía en la posibilidad de una infección y, como consecuencia posterior, la gangrena. Pero la sangre de los indios, en general, es muy sana y sólo aparece una infección cuando se omiten todas las precauciones ordinarias.

Les ordené que hirvieran rápidamente algunos trapos viejos de manta. Por extraño que pareciera, tenían muchos paquetes de algodón limpio. Llevaba en mi caja unas cuantas vendas de gasa, esterilizadas y sin usar. Primero lavé la herida con agua caliente y jabón. Después saqué de mi caja de medicinas un desinfectante muy fuerte, del que salvó a docenas de miles de soldados norteamericanos durante la guerra. Sin diluir esa substancia la vertí directamente en la herida, y el pobre joven saltó prácticamente. Debió sentir como si alguien le hubiera metido en las heridas un hierro al rojo. Pero podía estar

seguro de que eso lo salvaría. Dejé secar el desinfectante, puse sobre el lugar un poco de bismuto-iodoformo y lo vendé con gasa. Suspiró profundamente, pero ahora con una expresión definida de alivio. Le di una dosis de cuatro dedos de tequila, y poco después estaba dormido serena y profundamente.

Imaginé el problema que tendría entonces. Así que dije inmediatamente:

—Mañana por la mañana, cuando lo pongan en un caballo para que escape, sería muy aconsejable que le aplicaran un vendaje hecho con una manguera hecha de caucho, con un cinturón de caucho o con tirantes elásticos, para evitar otra hemorragia, pues entonces fácilmente se desangraría hasta morir.

Enseñe a los hombres cómo aplicar ese vendaje; les dije que hirvieran cada nuevo vendaje, antes de aplicarlo; les di el resto de mis polvos y desinfectantes; pedí otro tequila y les di las «buenas noches». Estreché las manos de todos ellos. La tía del muchacho se inclinó y besó mi mano, y luego me encaminé a la puerta.

Debí causarles la impresión, seguramente, de que para mí, lo que hice allí era una ocurrencia diaria. Pero la verdad es que esperaba que uno de los hombres dijera en cualquier momento: «Espera un minuto, *mister* gringo; espera un minuto, no puedes irte así. Primero tenemos que hablar unas palabras contigo, antes que te vayas. Y tenemos que hablar afuera, tú comprendes. El mejor lugar es detrás de la hortaliza».

El hecho de que yo no haya dicho una palabra respecto a cómo pudo haber sufrido sus heridas el muchacho, de que ni siquiera dije que sabía que eran heridas de balas, de que me comporté como si yo mismo fuera también un bandido y un amigo íntimo de la familia y de que no me importaba lo que pensarán de mí mis vecinos y yo de ellos, mientras me

dejaran en paz, todo estropeó obviamente sus planes y los confundió. Y como para poner más énfasis en eso, dije bonachonamente:

—Si empeora, pueden llamarme en cualquier momento. Tendré mucho gusto en ayudarlos.

Parece que esas últimas palabras decidieron el resultado. Nadie mataría al único doctor que había en las cercanías, y como no tenía licencia para ejercer, tampoco tenía el deber profesional de informar a las autoridades de las heridas de bala que atendí.

Sin embargo, no fue tan fácil escapar. Cuando llegué a la puerta, el tío dijo:

—Perdóneme, *mister*, pero no podemos dejarlo ir solo a su casa; algo podría pasarle en el camino y, además, podría no encontrar el camino de regreso. Podría extraviarse fácilmente en las malezas. Nosotros lo trajimos y sería una falta de educación no llevarlo a su casa.

Y así vi frente a mí la perspectiva de caminar nuevamente en la noche, a través de las malezas, con tres hombres, dos de los cuales llevaban rifles y uno machete. Tres hombres que se sentirían felices si existiera cierto tipo menos en este mundo, uno que sabía demasiado para la seguridad de ellos, aunque pudieran tener una buena opinión de ese doctor y de su buena disposición a ayudar. Solamente uno de ellos necesitaba tener esos pensamientos y antes que los otros dos pudieran evitarlo, todo habría terminado.

Miré a la tía severa y significativamente. Por educación, no volvió a tomar asiento, estaba esperando a que yo saliera de la casa para hacerlo. Me contempló con gratitud en la mirada. Entonces se acercó, como siguiendo un impulso repentino, me tomó las manos, las besó nuevamente y con una sonrisa en los labios fue hasta una

pequeña alacena, sacó de ella un frasco de miel y me lo dio, diciendo:

—Esto es muy bueno para hacer panecitos, hace que no sepan tan secos. Mañana le mandaré dos docenas de huevos y unos kilos de buena carne de res. Y otra vez, muchísimas gracias por venir.

—No hay por qué, señora. A propósito, cuando despierte el muchacho, dele un buen caldo de carne, con dos huevos revueltos en él, o mejor con cuatro huevos. Eso hará que pueda levantarse pronto. Buenas noches, señora.

La mujer sabía muy bien lo que podía sucederme en el camino de regreso a casa, si los hombres llegaban a pensar que su seguridad se encontraba en peligro. Pero yo había ganado su simpatía y su agradecimiento. Ella, como supe después, desempeñaba un papel más importante en los negocios de lo que podría haberse adivinado, por lo que ocultaba su aspecto honrado.

Al reflexionar en el aspecto de aquel dulce hogar, donde no faltaba siquiera un retrato del papa con todos sus atavíos, en un marco pesado y donde ardía noche y día una vela ante una imagen de la Virgen, pude comprender quién mandaba. Y como esa mujer era, sin duda, más inteligente que cualquiera de los hombres a quienes conocía hasta entonces, también supe quién era el cerebro de la empresa. No hay mucha diferencia entre una banda de ladrones dirigida inteligentemente y ciertos tipos de instituciones bancarias, cuyos presidentes viajan en automóviles hechos a la orden. Hoy, como siempre, la mejor máscara para cubrir tras ellas acciones buenas y malas, es todavía una apariencia inocente, una cara simple y una exhibición ostentosa de la creencia en Dios y en sus siervos. Y cuando aquella mujer hábil e inteligente me dijo en presencia de aquellos hombres: «Le enviaré carne y huevos por la mañana», estaba diciendo en efecto: «Ay de estos bribones,

si mañana no está sano y salvo en su casa para disfrutar de lo que voy a enviarle».

Los hombres comprendieron la orden. Y también entendieron que el doctor debía ser protegido, en bien del floreciente negocio.

Llegamos pacíficamente a mi cabaña. Cuando nos despedimos, con un sincero «buenas noches», sentí que el tío oprimía tres pesos en mi mano.

—Tome esto por favor, *mister*, como un pequeño pago.

—Perdóneme —contesté—, nunca recibo dinero de mis amigos por la ayuda que les doy por razones puramente humanas, y siempre haré lo mismo, siempre que se presente la ocasión.

Tuvo los tres pesos en su mano por un momento, creyendo, quizá, que era sólo por educación por lo que rechacé el dinero y que al final lo recibiría de cualquier modo. Él, como todas las otras personas de la aldea, sabía lo mucho que me podían servir tres pesos. Pero insistí resueltamente:

—No quiere ofenderme, ¿verdad, señor?

—No, claro —contestó—, de ninguna manera —al mismo tiempo que metía a su bolsillo los tres pesos. Después añadió—: Déjeme ver, tal vez pueda mandarle mañana otros dos hombres que quieran estudiar inglés.

—Eso está mejor —dije—. Mañana en la mañana iré a ver cómo sigue su muchacho.

—Bueno, bueno —murmuró—. No sé, pero si insiste, está bien para mí.

A la mañana siguiente, cerca de las nueve, fui a ver al joven. Pasaba escasamente la última casa de la aldea, cuando encontré al tío y tuve inmediatamente la idea de que estaba esperándome, porque no quería que fuera a su casa a la luz del día. Ni siquiera me sentía seguro de poder encontrar de nuevo esa casa. De hecho, cuando traté de

encontrarla por pura curiosidad, una semana después, perdí el camino tan completamente, que me tomó horas hallar el sendero de regreso a la aldea, y eso, únicamente con ayuda de un hombre a quien encontré en el bosque. Aquella noche singular fui llevado entre malezas y matorrales en tal forma, que mientras pensaba que sabía a dónde íbamos, no supe hasta después que estuve completamente equivocado.

El tío me dijo que el muchacho se levantó muy temprano y que partió con los otros.

—Le pusimos un vendaje, como nos dijo, y todo salió bien, La herida ya está cerrándose. Y aquí está la carne y los huevos que le prometió la mujer. Y a propósito, *mister*, será mejor que no hable mucho de esto en el pueblo. Usted sabe, la gente pensaría que hubo una pelea o algo así y eso le daría mala fama al muchacho. Va a casarse, ¿Sabe? Entiende eso, ¿no, *mister*?

—Comprendo perfectamente —dije—. No tengo ninguna razón para hablar de nada. En lo absoluto. Pero me gustaría mucho que me comprara las medicinas que usé anoche, cuando vaya a la aldea.

—Por supuesto, por supuesto, será un placer —dijo y tomó la nota en la que yo había garrapateado el nombre de lo que quería y nos separamos.

Cuando regresé a casa, dos tipos estaban sentados en los escalones frente a mi puerta. Querían aprender inglés y me pagaron diez horas por adelantado.

Dos días después, muy temprano, noté que el pueblo se encontraba rodeado por soldados. A nadie se le permitiría salir de la aldea, pero los que venían de fuera podían entrar. Unas pocas casas fueron registradas, y en la plaza principal todos los hombres, mujeres y niños, fueron interrogados por los funcionarios de la policía del distrito.

Pronto supe lo que sucedía.

Unas noches antes, los bandidos atacaron una hacienda, ataron a los propietarios y se llevaron todo el dinero que pudieron hallar. Fueron robados treinta mil pesos. Hasta los niños sabían que eso era mentira, por supuesto. Ningún dueño de hacienda tendría nunca tanto dinero en su casa. Dos mil pesos sería una cantidad más cercana a la realidad.

Los soldados, todos indios, siguieron las huellas de los bandidos hasta esa aldea. Como se rumoreaba que el lugar era un nido de bandidos, los soldados habrían venido de cualquier modo a él.

Caminé lentamente hasta el centro de la plaza para observar lo que estaba sucediendo, pero un hombre de la aldea me detuvo y me dijo:

—No hay mucho que ver. Pronto se irán nuevamente, sin haber agarrado ningún bandido. Sólo están buscando a un hombre que ayudó a escapar a un bandido herido. Cuando encuentren a ese hombre, los soldados lo fusilarán inmediatamente, después de hacerlo cavar su tumba en el cementerio. Los oficiales dicen que hombres como ése son mucho más peligrosos para la humanidad que los mismos bandidos.

—¿Qué hizo el hombre? ¿Cómo ayudó al bandido a escapar? —pregunté—. Los bandidos son grandes y bastante listos para ayudarse solos.

—Éste es un caso diferente —explicó el hombre—. Sucedió en esta forma. En la última hacienda, un bandido joven fue herido en la pierna, tal vez sufrió dos heridas. Sangró abundantemente, pero sus amigos se lo llevaron y llegaron a esta aldea. Alguien los vio llevando al herido a caballo. Nadie sabe a dónde lo llevaron. Después encontraron un doctor, no uno verdadero, sino, como tú sabes, señor, uno que podía servirles igual. Ayer por la mañana, el hombre, que es realmente un niño nada más, estaba lo bastante bien para escapar a caballo. Los

bandidos fueron vistos por gente que trabajaba en el bosque, pero el doctor que curó al muchacho no iba con ellos. No habrían escapado. Los soldados habrían encontrado al muchacho y después hubieran sabido quién es y a qué familia pertenece y así agarrarían a toda la banda.

—Muy interesante —comenté—. ¿Y ya no hay mucha esperanza de capturarlos?

—Muy poca. Y como saben que el muchacho herido escapó, sólo están buscando al doctor que lo curó y lo ayudó a escapar. Los oficiales dicen que el doctor vive en este pueblo. Han rodeado todo el lugar, para que ahora no pueda escapar. Están buscando en todas las casas y tan pronto como encuentren la medicina, sabrán inmediatamente quién es. Lo matarán en el mismo lugar.

—Que le sirva bien —observé—. Ninguna persona decente debía ayudar nunca a un bandolero.

—Tú también tienes medicinas en tu casa, ¿no? —preguntó mi vecino.

—Sí, una poca, para casos de emergencia. Como les decimos nosotros, para primeros auxilios.

En ese momento un oficial, seguido por tres soldados, salió de la casa frente a la cual nos encontrábamos y en la que habían buscado medicinas. No tenía deseos de que la policía me registrara y me interrogara, así que empecé a caminar, pero el vecino me dijo:

—Quédate donde estás, señor, no nos harán nada.

También pensé que era mejor permanecer quieto, mientras el oficial y sus hombres se acercaban a mí. Como era completamente inocente y nunca curé bandidos y nunca los ayudé a escapar, no tenía ninguna razón para sentirme inquieto.

—¿Cuál de las cabañas de allí es la suya, señor? —preguntó el oficial al mando.

—Aquélla, sí, esa cabaña de allí atrás —contesté.
—¿Tiene alguna medicina en su jacal? —inquirió.
—Sí, una poca.
—¿De qué clase?
—Medio tubo de mentolato, señor, para los resfriados.
—¿Puede curar heridas de escopeta?
—¿Alguno de sus hombres está herido? —pregunté con simpatía.

—Sí —dijo el oficial.

—Lo siento mucho —aseguré—, pero cuando veo sangre me desmayo de inmediato. Eso me hace enfermar horribilmente.

—Eso es exactamente lo que parece. Ustedes los gringos, todos ustedes, no tienen los nervios fuertes y saludables que tenemos nosotros. Nosotros podemos ver mucha sangre. Por supuesto, no trato de ofenderlo. Perdóneme por molestarlo. Usted sabe, tenemos un deber que cumplir aquí. Adiós.

Me estrechó la mano.

Mi vecino siguió al oficial al interior de otra cabaña.

Mientras estaba allí, pensando si debía desaparecer o seguir donde me encontraba, un niño corrió hacia mí, gritando desde antes de llegar:

—¡Mire, señor, aquí está la medicina que traje del pueblo! El señor dijo que todo estaba pagado.

Tomé el paquete y lo metí en mi bolsillo.

* * *

Tan pronto como fue cosechado y vendido mi maíz, pensé que era prudente abandonar la región, sin esperar que sucediera otra cosa.

Pocas semanas después iba sentado en un tren que viajaba hacia la capital. Los viajes por ferrocarril reúnen a

personas que, en otra forma, no hablarían con otras que no conocen ni tienen nada en común con ellas.

Dos caballeros, ambos nativos, se sentaron frente a mí y me preguntaron si quería jugar Siete y Medio con ellos. Acepté. Jugamos por cerveza, que era servida en el tren y así pasamos el tiempo, hasta que nos cansamos del juego.

Entonces quisieron hablar de las cosas que dice uno en el tren y, como siempre, la conversación versó pronto en los norteamericanos que viven en la república e invariablemente, siempre que se hacía un comentario un poco ofensivo para un norteamericano, los caballeros agregaban cortésmente: «Usted sabe, señor, hablamos en general, sin intención de ofender a sus compatriotas».

Después reían y yo también decía algo crítico de los nativos y añadía sonriendo que uno dice cosas como ésas nada más por hablar y que me simpatizaban todos ellos como si fueran mis paisanos y que todos tenemos nuestros lados buenos y malos, sin importar de qué nación seamos ciudadanos.

—Tiene razón, *mister* —dijo uno de los dos—. Nosotros tenemos aquí muchos norteamericanos que hacen muchos daños en nuestro país.

—Lo sé, señor; por ejemplo: los magnates del petróleo y las compañías mineras, y de las compañías chicleras y de las empresas fruteras y los grandes banqueros, a los que nada les gustaría más que anexarse un país latinoamericano tras otro.

—Sí, por supuesto, también éstos —aceptó—; pero el caso es que en este momento no pensaba en éstos. Estaba pensando en otra clase de gringos. Oh, permíname por favor, lo que quiero decir, es que me parece que todos los vagos y pistoleros, apostadores, traficantes de drogas y delincuentes para quienes se hace muy caliente la vida en

Estados Unidos, vienen a hacer sus maldades con nuestra gente honrada.

—Sí, también los hay de esa clase —admití— y ellos creen que están seguros aquí.

—Conmigo no —rectificó el caballero bajo y gordo—, no, conmigo, no. Conmigo no llegan muy lejos. En mi distrito no existen esos criminales olvidados de Dios. No pueden seguir vivos, simplemente. Me pongo en su pista inmediatamente. Y cuando los agarro, les doy bastante. Y cuando digo bastante, quiero decir bastante. Los hago deportar, para que sean castigados en su país.

—¿Es usted Procurador General? —pregunté, para halagarlo.

—Todavía no, pero quién sabe si algún día. No, ahora solamente soy jefe de la policía rural en el distrito de San Vicente Lagardilla ¿Conoce ese distrito, señor? ¿Alguna vez ha estado allí?

—¿Quién? ¿Yo? Nunca en mi vida —contesté verazmente.

Uno siempre debe decir la verdad a un jefe de policía, un juez o un Procurador de Distrito. Sólo así y solamente así puede pasarse una vida feliz y placentera. Tuve algunas sospechas de aquellos dos caballeros porque San Vicente Lagardilla era precisamente el distrito en que renté y cultivé una pequeña granja algodonera y donde estuve viviendo en una cabaña derruida, en un pueblo, entre personas que, sin excepción, todas parecían ángeles recién lavados decorando la imagen de un santo.

El jefe, por supuesto, supo inmediatamente que yo nunca había estado cerca de ese lugar. Por eso sintió que podía hablar conmigo libremente.

—En mi distrito vive una buena cantidad de norteamericanos; unos son tenderos, otros son plantadores de algodón, otros granjeros o ganaderos. Todos son personas honradas y decentes, que pagan puntualmente

sus impuestos y viven con estricto apego a la ley. Ninguna de esas personas me causan dificultad alguna. Es gente con educación, industriosa, ahorrativa, progresista. Es gente de la que estamos orgullosos, señor; paisanos suyos por quienes siento un gran respeto y que con gusto serían aceptados como ciudadanos.

—Sí, he conocido muchas de esas finas personas en mi país. Es una lástima que no hayan permanecido allá —comentó con profunda convicción.

Al jefe no pareció importarle mucho mi opinión; quería hablar, así que lo dejé continuar. El placer más grande que puede uno concederle a las personas, es dejarlas hablar todo lo que quieren. Uno es mucho más respetado si deja hablar a la gente, en lugar de hablar uno mismo. Nadie tiene el menor interés en oír la opinión de otro. Así que continuó hablándome de un pobre amigo que, al parecer, vivió en su distrito y le dio muchos dolores de cabeza. Juraba que dicho tipo era buscado por asesinato, robo, violación, falsificación, contrabando de narcóticos, por vender acciones sin valor de una mina de oro y por algunos otros delitos menores.

—Nunca supe cómo logró llegar a mi distrito ni qué hacía allí realmente. Simulaba sembrar o buscar petróleo, pero en realidad era un vagabundo, que escasamente llevaba harapos sobre la espalda. Nunca pagó el alquiler de su granja ni el de la elegante casa en que vivía.

—Tal vez el pobre tipo no tenía dinero —insinué.

—Tal vez usted tiene razón y no lo acusaré de eso. Dios mío, cualquier buen hombre puede tener mala suerte. Pero lo que me molestaba ferozmente, era lo que hacía en mi distrito. Era un curandero. No le habría pedido su licencia médica, aunque hubiera operado en los vientres de las personas, pero lo que más me molestaba, era que curaba a todos los bandoleros que heríamos, y eso me enfureció

realmente. Sin él, podríamos haberlos hecho pedazos. Pero por causa de sus actividades nunca pudimos liquidar a uno solo de esos monstruos. Protegía a todos ellos. Conocía hasta el último jacal en que vivían y se ocultaban. Lo peor es que no solamente los curaba; también los abastecía con una especie de poción mágica que los hacía casi invisibles, para que tuvieran éxito en sus ataques. Trabajaba con transmisores de radio y señales de luces, de modo que esos forajidos sabían con muchas horas de anticipación cuándo llegarían los soldados al pueblo. ¡Y cuánto dinero ganó este hombre! Montones de pesos, que llevaban los bandoleros a su cabaña. Ese hombre ganaba diez veces más que yo, siendo jefe de la policía. Además de eso, enseñó inglés a todos ellos, para que pudieran atacar a sus propios paisanos, hablándoles en su propio idioma. ¡Madre mía, cómo perseguí a ese hombre! Cuatro veces estuve allí, con toda una compañía de soldados, para capturarlo. Usted, que es inteligente, puede imaginar cuánto ha costado a nuestro gobierno todo eso. Usted sabe, no podemos hacer nada sin dinero. Todo cuesta dinero y el jefe de la policía también tiene que vivir. No puede trabajar por cacahuates, sólo por cariño a su profesión. Recibí varios reproches del gobierno y me amenazaron varias veces con despedirme si no llevaba la ley y el orden a mi distrito. Di parte de todo en un informe de seis páginas, escrito a máquina. Ahora, por fin, el gobierno ha comprendido que hice todo lo que fue humanamente posible, y ahora saben bien que si esos malditos criminales tienen la protección de un gringo, ¿qué puedo hacer contra los bandoleros, con una compañía de soldados a mis órdenes únicamente? Dígame usted, *mister*.

—¿Nunca capturó a ese gringo?

—Nunca, no, nunca. Era tan hábil, tan endiabladamente listo, que nunca pudimos siquiera echarle la vista encima. Además, era el doctor de los bandidos, ¿cómo podíamos

llegar hasta él? Lo protegían porque les servía mucho. Ahora el gobierno lo sabe todo. Algún día lo agarrarán. Hemos notificado a los departamentos de policía de toda la república. La única dificultad es que no tenemos un retrato de él.

—¿Qué castigo recibirá cuando sea capturado?

—¡Oh!, lo fusilarán, o será enviado por treinta años a las Islas Marías.

—¿Ya no vive en tu distrito ese gorila? —preguntó el otro caballero.

—No, salió de allí una noche. Hicimos las cosas tan terriblemente calientes para él, que tuvo que escapar. Y créame, señor, desde que se fue, no ha habido más ataques de los bandoleros. La aldea está en paz, como no había estado en muchos años. Así que ya ve cómo un hombre tan bajo, como solamente puede ser un gringo, oh, perdóneme *mister*, por favor, puede corromper a todo un distrito, habitado por ciudadanos respetuosos de la ley y, además, buenos católicos.

Cuando llegamos a San Juan del Río, dos alguaciles, a quienes conocía el jefe, entraron al tren e inmediatamente iniciaron una conversación extensa, lanzando algunas veces hacia mí una especie de mirada sospechosa de investigación, como si me hubieran visto en algún lado anteriormente. Así que pensé que sería mejor que aprovechara que estaban enfrascados en viva conversación.

Como sabía los sistemas y trampas de la fuerza policíaca, especialmente de los policías sin uniforme, bajé del tren tan sigilosamente como me fue posible en la última estación, antes de llegar a la Estación Central de la capital y, por conveniencia, abordé un tranvía que iba hacia la capital.

Después de todo, ¿Cómo iba a saber que mis alumnos querían aprender inglés, sin otro motivo que el de poder hacer que el ganado de los granjeros norteamericanos los obedecieran y los siguieran, hablándoles en un lenguaje que entendían las vacas? Y todo lo que obtuve curando bandidos fue un frasco de miel —muy buena, por cierto—, dos docenas de huevos, unos pocos kilos de carne y tres pesos, que no acepté. Eso no era, ciertamente, un equivalente justo a una condena de treinta años en las Islas Marías. ❖



BRUNO TRAVEN, (Alemania, 1882 - Ciudad de México, 1969). Es uno de los casos más singulares de la literatura contemporánea: su biografía está llena de contradicciones, y a pesar de los años transcurridos desde que murió, aún no ha sido posible esclarecer de modo incontrovertible su identidad; se le atribuyen nombres diversos como Bernhard Traven Torsvan, Hal Croves, Ret Merut, entre otros.

En 1925 se encontraba ya en México, país en que adoptó el nombre de Traven. Las historias de sus libros, a excepción de *El barco de la muerte* (1926), se sitúan además en el mundo latinoamericano, y no puede olvidarse el gran éxito que tuvieron en el mundo anglosajón.

Las cenizas de B. Traven reposan en algún lugar de la selva de su amada Chiapas, el lugar que escogió para vivir tras una existencia aventurera como pocas. Nos dejó una obra que, aunque hoy algo olvidada por las modas y la farándula literaria, se halla entre las más valiosas de nuestras letras latinoamericanas.